

Reseñas

DAVID MONTGOMERY, *The Fall of the House of Labor. The Workplace, the State and American Labor Activism, 1865-1925*, Cambridge University Press, Éditions de la Maison des Sciences de L'Homme, Nueva York y París, 1987, 494 + xii pp.

Esta obra de David Montgomery excede cualquier expectativa. Ya desde su ensayo sobre el control obrero de la producción de máquinas, aparecido hace más de una década, se anunciaba la reinterpretación de la historia obrera en la segunda mitad del siglo XIX. Ahora nos ofrece una historia narrativa que entreteje las problemáticas de los cambios en el trabajo, en la composición demográfica de los asalariados, en la ideología y actitudes de los empresarios y obreros, y en la concepción estatal de las relaciones industriales. Montgomery relaciona estos aspectos con las fluctuaciones económicas y los vaivenes políticos, y los integra a un contexto de cambio total en las relaciones sociales capitalistas entre 1880 y 1920. Su objetivo es contar la transformación de la sociedad industrial capitalista de Estados Unidos a la vuelta del siglo.

La clase obrera, protagonista de esta historia, cambió su carácter. Atrás quedó el mundo del trabajador calificado (*craftsman*) y su dominio de la producción y el movimiento laboral. Apareció en su lugar una clase formada por operarios fabriles, cuya experiencia similar de trabajo contrastaba con su heterogéneo origen y vida social. El movimiento obrero de final de siglo decayó en la década posterior a la Gran Guerra y no hubo alternativa organizativa ni ideológica suficientemente fuerte para sostener la unificación de la clase. Debido en parte a esto y en parte al fallido papel intervencionista que adoptó el Estado, la idea y el proyecto del gran capital industrial salió triunfante. Como se puede apreciar, Montgomery reformula la historia de Estados Unidos a partir de las relaciones conflictivas entre trabajadores y empresarios.

El libro de Montgomery es el más reciente fruto de la nueva historiografía sobre la clase obrera. Su importancia reside en que sintetiza

las mejores investigaciones de los últimos diez años y reemplaza por completo a la historiografía anterior. El triunfo del sindicalismo conservador de la Federación Americana del Trabajo (AFL) y la declinación del movimiento obrero habían sido explicados en términos de líderes burocratas, destrucción violenta del radicalismo, y obreros pragmáticos que preferían el sindicalismo "puro y simple". Otros han aducido que el advenimiento del liberalismo de la gran corporación desinfló el atractivo del socialismo para la clase obrera. Montgomery toma selectivamente puntos importantes de esta vieja guardia, les añade y los engrana a un proceso histórico más complejo. El autor demuestra que, a la vuelta del siglo, existía una visión obrera de lo que debería ser la sociedad, que enfrentó a los proyectos de los capitalistas. El predominio de la AFL y la declinación del sindicalismo fueron resultado de este enfrentamiento. Hay también que situar a Montgomery en relación con el trabajo de Herbert Gutman. Historiador este último, en un ensayo que abrió las puertas a la reinterpretación de la historia obrera insistió en la discontinuidad en la formación de la clase. Gutman puso el acento en las rupturas culturales evidentes a finales del XIX, dándole importancia al choque entre la experiencia precapitalista de los inmigrantes y la sociedad capitalista madura a la que ingresaron, y a la divergencia en los momentos de formación para los obreros nativos y los inmigrantes.¹ La discontinuidad también es central para Montgomery, excepto que su explicación privilegia las rupturas ocasionadas por la transformación industrial.

The Fall of the House of Labor (La caída de la Casa del Movimiento Obrero) consta de una introducción y nueve capítulos. En los primeros cinco se describen las características de los diferentes tipos de trabajadores y su transformación a causa de los cambios internos y externos en la organización de la producción. El capítulo cinco trata en detalle la ciencia de la supervisión del trabajo. Estos primeros capítulos nos dejan en el umbral del siglo XX. Los siguientes cuatro nos llevan a través de los años posteriores a la gran depresión del diecinueve, la rebelión obrera de principios de siglo, la indeleble marca de la primera guerra mundial, y el posterior debate en verbo y acción sobre el significado de democracia industrial.

El libro distingue tres categorías de trabajadores, según los dife-

¹ El ensayo de Montgomery, "Workers' Control of Machine Production in the Nineteenth Century", apareció en *Labor History*, núm. 17, 1976, y fue reimpresso en su libro *Workers' Control in America*, Nueva York, 1979. Existe versión en español, *Historias*, 7, 1984, pp. 101-121. Véase Selig Perlman, *A Theory of the Labor Movement*, Nueva York, 1929; Philip S. Foner, *History of the Labor Movement in the United States*, vols. 2, 3 y 4, Nueva York, 1955-1965; Herbert Gutman, *Work, Culture and Society in Industrializing America*, Nueva York, 1976, pp. 3-78.

rentes grados de conocimiento, experiencia y destreza requeridos para el trabajo. Tenemos, así, una estructura piramidal que desciende de los calificados o de oficio a los operarios fabriles y a los jornaleros. Tanto los trabajadores calificados como los jornaleros eran en su mayoría hombres maduros y casados. Entre los operarios, en cambio, predominaban las mujeres jóvenes y solteras. Otra distinción: los trabajadores calificados habían nacido en ciudades de Estados Unidos o del norte de Europa; los fabriles eran la segunda o tercera generación descendiente de inmigrantes arribados antes de 1880; los jornaleros eran de origen rural, ya fueran negros del sur, europeos meridionales o asiáticos. Las particularidades de oficio, sexo, edad, raza, etnicidad y origen rural o urbano definieron el lugar de cada trabajador en la estructura y jerarquía laboral del último tercio del siglo XIX.

Los diferentes tipos de trabajadores tuvieron experiencias disímiles de trabajo. Los maquinistas, forjadores, pudeladores y enrolladores, por ejemplo, controlaban cada paso de su labor, el ritmo y la cuota de producción e, incluso, el salario. Su conocimiento global del oficio les confería autonomía respecto de supervisores y propietarios. Los jornaleros, en contraste, sólo poseían su fuerza muscular. Montgomery los divide en productivos y auxiliares de la producción. Entre los primeros encontramos a los constructores de la vasta red ferroviaria; entre los segundos, a quienes cargaban, transportaban y limpiaban para complementar y facilitar las tareas productivas de trabajadores calificados u operadores de máquinas. Montgomery describe cómo la creciente demanda de mano de obra sin calificación y la inmigración se enlazaron a través de patrones de contratación masiva particulares a cada grupo inmigrante. En general trabajaban en cuadrillas bajo estricta, en ocasiones brutal, vigilancia. Temporadas de arduo trabajo eran seguidas por otras de desempleo, debido al carácter estacional e irregular de las actividades desempeñadas. Los jornaleros eran en muchos sentidos marginales y, por lo mismo, objeto de prejuicios y racismo. Los trabajadores fabriles, contrariamente a lo que se podría creer, no notificaban la experiencia de la clase obrera. Montgomery sitúa el desarrollo generalizado del sistema fabril hacia finales del XIX y demuestra que no evolucionó de manera inicial ni dominó absolutamente. Los operarios fabriles se distinguían porque eran especialistas en alguna tarea ligada a una industria específica. La forma de remuneración, consecuente con la especialización, también los distinguía: mientras los trabajadores calificados y los jornaleros recibían salarios por hora o por día, los operarios, por pieza producida. Además, los supervisores tenían autoridad total para dictar horas y condiciones de trabajo hasta el último detalle. Otro rasgo distintivo de su experiencia era la constante rotación en el mercado de trabajo. La impermanencia tenía diferente significado para hombres y mujeres. Para estas últimas,

obedecía al comportamiento del mercado de trabajo femenino y a las expectativas de matrimonio.

Montgomery parte de la premisa de que la experiencia de trabajo conforma una cultura laboral que, a su vez, determina la participación en la organización y la política del movimiento obrero. El autor detalla la cultura de trabajo para cada tipo de trabajador. Sólo la lectura del libro permitirá apreciar la riqueza de información e interpretación. Aquí nos contentaremos con señalar tres puntos que destacan en su argumentación. El primero es la actitud de los trabajadores hacia su trabajo. Los poseedores de un oficio sentían orgullo al desempeñarlo, en contraste con el desdén de los jornaleros por el trabajo o la poca importancia dada por los operarios a las horas pasadas en mecánica repetición. El segundo punto es la actitud hacia los compañeros de trabajo. El control, la autonomía y el orgullo del trabajador de oficio eran acompañados por un código de conducta: regular el esfuerzo y las horas de trabajo mediante la restricción unilateral de la producción y comportarse virilmente, es decir, en solidaridad con los compañeros de oficio e insumisos frente al patrón. La solidaridad de los jornaleros y de los operarios se sustentó en ligas forjadas fuera del ámbito laboral. Para ambos grupos amistad, parentesco y etnia definieron el horizonte de las relaciones grupales llevadas al interior de la fábrica o al lugar de trabajo. Estas ligas, claro, eran reforzadas y ampliadas por la cooperación necesaria en las tareas y por el odio y temor a los capataces. Las trabajadoras fabriles, además, forjaron una subcultura basada en su condición de mujeres jóvenes y solteras. El tercer punto considerado por Montgomery comprende las actitudes hacia capataces y patrones y las organizaciones de defensa. Los trabajadores calificados formaron *trade unions* para legislar las normas de trabajo emanadas de su código de conducta y frecuentemente incluían a los capataces. Los jornaleros y operarios, en cambio, formaron organizaciones para defenderse de los abusos de capataces e intermediarios, para reducir las horas o el ritmo de trabajo y para defender su ingreso. Entre los primeros, la base de la organización era el oficio; entre los otros, la etnia, el género y la edad. Es de notar, por último, que las organizaciones de jornaleros y operarios eran efímeras; sus huelgas eran estallidos masivos, aparentemente espontáneos y con amplio apoyo de la comunidad. Los trabajadores calificados, por el contrario, tenían una larga tradición en los sindicatos de oficio. Las diferencias en la experiencia laboral dieron lugar a culturas de trabajo y acciones organizadas heterogéneas.

Montgomery refiere esta discusión al más amplio contexto del desarrollo económico y a la formación de clases en los Estados Unidos. La etapa formativa del capitalismo y de la clase obrera terminó en 1870. La era del capitalismo competitivo se desvaneció en el último tercio

del siglo. El crecimiento en esas tres décadas se debió, principalmente, al incremento en el tamaño de los establecimientos y en el número de trabajadores baratos. La productividad declinó en comparación con las décadas de 1830-1870, los precios tendieron a la baja y, en general, fue un periodo de depresión económica. La gran corporación sustituyó a la empresa familiar. Las actitudes de los industriales pasaron del individualismo adquisitivo a favorecer la organización y la eficiencia, o lo que Montgomery denomina "colectivismo capitalista". Las confrontaciones de esos años entre trabajadores y empresarios manifestaron las tensiones del paso de una era a otra del capitalismo industrial. Para los hombres de negocios estaba en juego el control sobre la producción, los costos y la productividad y, por lo mismo, su margen de ganancia. Todo ello, claro, frente a la nueva situación de los Estados Unidos como primera potencia industrial del mundo. Para los trabajadores estaba en juego el modo de vida de la clase obrera dominada por el trabajador calificado y su forma organizativa por excelencia, el sindicato de oficio. Ambos campos defendían y proyectaban su visión de la sociedad industrial.

Las huelgas de finales del siglo XIX fueron enfrentamientos laborales sociales y políticos. Montgomery busca en ellas claves para entender el cambiante significado de las relaciones sociales. No se detiene a describir las más famosas y estudiadas, con algunas excepciones: la huelga de 1892 en las acerías propiedad de Carnegie en Homestead, Pennsylvania, por ejemplo. Esta famosa batalla entre sindicalistas armados y fuerzas privadas y públicas marcó la desaparición de los sindicatos y del control obrero en la producción de acero. Con mayor frecuencia, el autor se detiene en huelgas como la de los chinos empleados en la construcción ferroviaria, en 1867, o la de los trabajadores portuarios italianos en Brooklyn en 1907, o la de estibadores negros y blancos en Nueva Orleans, o las muchas luchas de trabajadores textiles en Nueva Inglaterra. Presenta, a través de ellas, las principales tendencias transformadoras y la resistencia obrera. Estas tendencias se manifestaron en el aumento del número de jornaleros en labores no productivas, el cambio de trabajadoras fabriles a hombres y mujeres inmigrantes, el estrechamiento de las diferencias entre trabajadores calificados, jornaleros y operarios, la generalización de la reorganización del trabajo y el pago a destajo, y el nuevo papel intervencionista del Estado en la regulación de las relaciones industriales.

En su discusión sobre los trabajadores maquinistas, Montgomery entrelaza los cambios en el trabajo y sus efectos en la clase obrera, plantea que de 1890 a 1910 ganaron aceptación las ideas de orden, organización, racionalización y eficiencia, las cuales chocaron frontalmente con las culturas de trabajo existentes. Los constructores de máquinas eran trabajadores calificados, cuyo oficio creció con el capitalismo in-

dustrial, y que compartían con los propietarios, una cultura basada en el conocimiento teórico, la experiencia práctica y la complejidad del oficio. No obstante, los ingenieros propietarios preferían el avance industrial y el progreso individual al espíritu corporativo del oficio. En la medida en que la industria crecía, los propietarios buscaron reducir costos y aumentar la productividad. Introdujeron, para lograrlo, mecanismos de subcontratación interna, uniformación de partes, especialización de tareas, aceleración del ritmo y pago a destajo. Si antes de 1890 las huelgas entre maquinistas fueron pocas, se multiplicaron después de esa fecha. La Asociación Internacional de Maquinistas creció y tuvo éxito en resistir la estrategia patronal. Los propietarios siguieron buscando maneras de romper el control sobre la producción de los maquinistas y el taylorismo apareció como su mejor arma.

Los maquinistas y otros trabajadores calificados tenían, como se dijo, un código de normas en el trabajo, de actitudes viriles y solidarias. Con base en ellas se enfrentaron a la oleada de cambios en la industria entre 1880 y 1900. Sin embargo, había tensiones en la cultura y en la organización de estos obreros. En primer lugar, coexistían en los maquinistas las ideas de organizar a todos los trabajadores de la industria metalúrgica y de exclusivamente defender el oficio. En segundo, los maquinistas excluyeron a negros y mujeres de sus organizaciones y, aunque la necesidad forzó su aceptación, la tensión entre raza, género y clase permaneció. Estas tensiones internas dificultaron la respuesta de los sindicatos de maquinistas a la embestida de la administración científica del trabajo.

En los últimos capítulos, Montgomery analiza y describe la política, tanto la del movimiento obrero como la de la sociedad en su conjunto. La política del periodo se desenvuelve en un complejo contexto. La industria tendió a la reestructuración y homogeneización del trabajo, pero la clase obrera permaneció heterogénea. La burguesía adquirió conciencia beligerante de la relación entre ganancia y control del proceso productivo. Los trabajadores calificados y fabriles aumentaron su militancia. La burocracia estatal se movió confusa y contradictoriamente hacia un papel de mediadores en las disputas industriales. En este contexto aparecieron las dos posiciones de la burguesía. Una abogó por conjugar armoniosamente los intereses de capitalistas y obreros. La otra propuso destruir los sindicatos e imponer orden a su albedrío. Ésta contó con más adherentes y dictó la estrategia patronal. Aparecieron también las varias posiciones obreras. El conservadurismo de la AFL encontró aliados en la Iglesia católica y el Partido Demócrata. La oposición leal eran los socialistas, dentro y fuera de la federación. La IWW respondió a este conservadurismo con el evangelio de la acción directa y el sindicalismo industrial. Dentro del campo radical surgieron también los comunistas y el Gran Sindicato Único. Todas estas

tendencias se enfrentarían durante las primeras dos décadas del siglo XX, especialmente en los años críticos de 1916 a 1922.

En los cuatro años de guerra y los cuatro posteriores, la minoría militante montó un esfuerzo heroico por sindicalizar la gran industria. En estos años se registraron más huelgas que en cualquier otro periodo anterior. Al finalizar la guerra, algunos sindicatos de la AFL y otros constituyeron un bloque progresista a favor de nacionalizar industrias, concertar la acción sindical, democratizar el lugar de trabajo y formar un partido laboral. En 1922, después de una oleada de huelgas perdidas debido a la recesión económica, el terreno ganado a los industriales fue perdido. Los comités de planta, instalados por el gobierno durante la guerra, eran el último bastión sindical en las grandes corporaciones. Montgomery muestra el cambio de orientación de estos comités, hasta responder al proyecto empresarial: lidiar con problemas diarios sin interrumpir la producción y sin intervención sindical, fomentar la recreación y los eventos sociales y hacer propaganda en favor de la productividad, el orden y la eficiencia. Este fue el proyecto empresarial que predominó en la década de los veinte y que se rompería con la catástrofe económica de los treinta.

Poco hay que criticar en *The Fall of the House of Labor*. Este estudio ofrece la más completa y fresca síntesis de la historia obrera para el periodo de génesis de la sociedad norteamericana contemporánea. Montgomery, con una bien escrita y rítmica narrativa, logra mostrarnos las muchas voces de la clase obrera. Estas diferentes voces relatan algo similar: el conflicto cotidiano experimentado dentro del orden establecido. A partir de esa experiencia, según Montgomery, es posible ver la disparidad de individuos como clase. Aunque sus diferentes universos de vida y trabajo conllevaron a modos diferentes de interpretar el conflicto, de construir relaciones solidarias y de resistir, introdujo un sentido anticapitalista en las acciones de la clase en su conjunto. En su expresión más sencilla, el anticapitalismo obrero se sustentó en las ideas de mutualismo contrapuestas al individualismo de los prósperos y poderosos. Pero Montgomery muestra también que la conciencia de clase requiere de la agencia deliberada de individuos para quienes la conciencia era un proyecto de emancipación. El autor encausa parte de su esfuerzo a describir y explicar a la "minoría militante" de la clase. Gracias a ellos la acción obrera fue más que resistencia. "Aunque los trabajadores estadounidenses nunca se convirtieron en clase revolucionaria durante este medio siglo de lucha, habían pretendido dar a la vida social y política que confrontaron en 1920, un carácter muy diferente. El moderno Estados Unidos fue creado por encima de las protestas de los obreros, aunque cada momento de su formación fue influido por las acciones, organizaciones y propuestas que emanaron de la clase obrera" (p. 7).

Montgomery privilegia el lugar de trabajo, la organización sindical y política, y la acción estatal como ejes que, entreteljidos, dan coherencia a los sucesos del periodo. Sin embargo, como él apunta, la experiencia de buena parte de la clase no fue mediada por el movimiento obrero ni pasó por la dilución del oficio. Por lo mismo, otros espacios de vida confluyeron a moldear el proceso descrito. Montgomery analiza someramente la importancia de las relaciones comunitarias en las relaciones solidarias de jornaleros y operarios, y las consecuencias de que la supervisión científica del trabajo se desbordara hacia la comunidad, en los planes de supervisión de personal. Cabe preguntarse, entonces, si no fueron también importantes los cambios en la vida comunitaria de la clase.

Aunque el análisis de Montgomery nos inclina a responder positivamente, su trabajo no se detiene en este aspecto. Sabemos, por ejemplo, que la planta de General Electric en Lynn, en los años veinte, empleaba a un mínimo de residentes de esa ciudad. El resto provenía de otras ciudades. ¿Qué efecto tuvo esta nueva situación en la cohesión de la fuerza de trabajo en esta u otras grandes plantas? Algunos historiadores han argumentado que la separación entre comunidad y lugar de trabajo produjo una visión desintegrada del capitalismo entre los obreros de la gran industria, con efectos negativos sobre el radicalismo político. Desde otra perspectiva, Gutman ha argumentado que los nuevos inmigrantes expresaron su resistencia al capitalismo en luchas comunitarias con tanta o mayor frecuencia que en el trabajo. El argumento es importante porque el componente mayoritario de la clase en las primeras décadas del siglo eran inmigrantes, cuya resistencia al capitalismo emanaba de una visión precapitalista del mundo. A la vez, Brody y otros demuestran que las expectativas de estos inmigrantes encajaban con las necesidades de los industriales, por lo que la gran industria evidenció estabilidad en sus relaciones laborales.² La discontinuidad cultural parece tener igual importancia que la discontinuidad en la cultura de trabajo y política. La historia de estos otros aspectos (cultura y comunidad) complementará y en algo modificará lo presentado en *The Fall of the House of Labor*. Pero, también las investigaciones futuras se beneficiarán de la excelente y completa historia de la clase obrera en el trabajo y la política que ofrece el libro. Montgo-

² John Cumbler, "Continuity and Disruption: Working-Class Community in Lynn and Fall River, Massachusetts, 1880-1950", tesis doctoral, Universidad de Michigan, 1974; David Brody, *Steel-workers in America: the Nonunion Era*, Nueva York, 1960; véanse la crítica que Montgomery hace de Gutman, en "Gutman's Nineteenth-Century America", en *Labor History*, 19, 1978, pp. 416-429, y su extensa revisión historiográfica, "To Study the People: the American Working Class", en *Labor History*, 21, 1980, pp. 485-512.

mery nos ha hecho avanzar enormemente hacia una nueva síntesis de la historia de la clase obrera y del capitalismo norteamericano.

GERARDO NECOEHEA

GUILLERMO CAMPERO, *Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago*, Estudios ILET, Santiago de Chile, 1987, 288 pp.

Los movimientos sociales urbanos, por un lado, y las estrategias y organizaciones de sobrevivencia, por otro, han recorrido caminos de análisis y debates que raramente los han cruzado y vinculado. Los estudios demográficos, la sociología de las unidades domésticas, la antropología social, han contribuido, con numerosas investigaciones empíricas y diversas precisiones conceptuales, a la identificación y conocimiento de los modos, arreglos y relaciones que conforman las estrategias de sobrevivencia familiar y comunitaria de los "sectores sociales de más bajos recursos" o habitantes "pobres" de las ciudades latinoamericanas: pero no son frecuentes los enfoques que se plantean preguntas, o hipótesis, que enlacen las prácticas y redes de supervivencia con el contexto de la conflictualidad urbana, las acciones colectivas, movilizaciones y procesos políticos que ocurren en la ciudad, aunque coexistan en el mismo tiempo y lugar.

A la inversa, los estudios sobre los movimientos sociales urbanos, que emergen desde una base territorial común y de condiciones de segregación social, en su conjunto similares y compartidas, han minimizado el registro y la reflexión en torno a esa historia primera y subterránea de experiencias, tradiciones y modalidades de organización soportes de la más estricta supervivencia, desde las épocas de los flujos migratorios masivos del campo a los centros urbanos. En la actualidad las consecuencias de la deuda externa y de la larga y agobiante crisis en nuestros países, ha puesto en altavoces de alcance nacional e internacional las palabras y la realidad de la pauperización, supervivencia con innovación, resistencia con confrontación y movilización opositora. Sin embargo, bajo regímenes de dictaduras militares, el contexto y los mecanismos de la opresión y el empobrecimiento representan determinantes más específicos y complicados en la vida cotidiana, la supervivencia, la organización y la acción políticas de los pobladores urbanos. Un caso es el de Chile con el general Pinochet.

En 1983 y 1984 las noticias de los periódicos y las imágenes de la televisión mostraban al mundo las recias manifestaciones de protesta y lucha de los pobladores contra la dictadura, la severa represión, los

allanamientos a “campamentos” y otros asentamientos populares. Nos preguntábamos si eran sólo aquellos que habían logrado resistir y vencer la expropiación de su memoria histórica, si eran los mismos o si convergían otros cuya identidad resultaba todavía nebulosa. El libro de Campero ayuda a despejar interrogantes y a estimular la discusión, ya que es el producto de un trabajo de investigación sobre las organizaciones de pobladores y la naturaleza sociológica de sus prácticas colectivas, dirigiendo las observaciones e hipótesis hacia dos objetivos centrales: la relación y articulación de éstos con el proceso de movilización contra el régimen militar, y el tipo de lógicas internas que ordenan los comportamientos y relaciones de las organizaciones respecto a lo que el autor llama el propio “mundo poblacional”.

La investigación se concentra en ese tejido social y político, construido y reconstruido no obstante las presiones en contra hacia la disgregación, desarticulación y atomización social, y en la dinámica de la acción colectiva que lleva a la formación de organizaciones en la ciudad de Santiago. Se trata de comprender la manera en la que los pobladores miembros “identifican y se explican las situaciones materiales, sociales y políticas en las que operan, los propósitos con los que se insertan en ellas y el rol que se atribuyen a sí mismos y a otros actores en la consecución de tales propósitos” (p. 13).

En Chile, las movilizaciones y organizaciones de pobladores se han convertido en un tema de intensos debates políticos y motivo de múltiples estudios, con diferentes metodologías, hipótesis y orientaciones. Oscilan, como lo menciona el autor, entre un “ideologismo entusiasta” —que asigna a los pobladores un papel protagónico en la constitución de un movimiento social-popular de impacto político global— y un “pragmatismo escéptico” que ve reproducir las luchas de estos sectores urbanos dentro de una tendencia coyuntural, dispersa y clientelista. Perspectivas y debates que si bien fueron impulsados y replanteados en los ochenta, de todos modos remiten a los de los setenta sobre la emergencia de los movimientos y organizaciones urbanas por los consumos colectivos y la vivienda. Entre extremos y matices, recordamos que se les señalaba como “secundarios”, “periféricos”, “menores”, que debían ser encauzados y dirigidos por el partido y su vanguardia, o como sujetos revolucionarios asimilados al potencial de la clase obrera, o como nuevos actores sociales emergentes de un campo de conflictualidad, reivindicaciones y opresiones mucho más diversificado respecto al antagonismo capital-trabajo, o, también, como masa marginal proclive y vulnerable a la manipulación de líderes populistas, a las mediaciones clientelistas y a las políticas asistencialistas.

La naturaleza cambiante, ambigua, con fronteras difusas, que muestra este objeto de estudio, los marcos interpretativos excesivamente cerrados o unidimensionales, el margen de incertidumbre de las hipó-

tesis que se proponen —según lo resalta el autor para el movimiento de pobladores en Chile— podrían también ser aplicados a los movimientos (sociales-urbanos, de barrios, urbano-populares, etc., como sea que se autodenominen o los llamen los intelectuales), a las orientaciones e interpretaciones que existen en otros países de América Latina, pero también teniendo en cuenta las revisiones, nuevos análisis y reflexiones que se están avanzando.

Campero hace la salvedad de que su libro no tiene la intención de “ofrecer una propuesta teórica o metodológica alternativa y elaborada a las que están en el debate bien conocido sobre la especificidad de los pobladores y sus conductas colectivas” (p. 245), aunque se nota la escuela de Alain Touraine en la manera de abordar el tema. Su propósito es contribuir al conocimiento de las orientaciones y prácticas sociopolíticas de las organizaciones poblacionales, el circuito de interacciones que establecen con agentes externos, la presencia de estas formas asociativas en el complejo y conflictivo curso de la transición democrática, y la formulación de ciertas hipótesis “sobre los procesos actuales de la acción poblacional, las que pueden colaborar, por consecuencia, a progresar en una visión de tipo multidimensional con la que nos sentimos más próximos” (p. 245).

Este enfoque multidimensional (y heterogéneo) del universo que constituyen los pobladores, y el haber articulado en un mismo escenario de observación a las organizaciones de supervivencia económica, sin privilegiar a otras más políticamente visibles, coordinadas y militantes, son dos aportes significativos de este libro. La investigación se realizó en 1985-1986, en cuatro zonas del área metropolitana de la ciudad de Santiago, seleccionando a las organizaciones según el criterio de que representarían experiencias de base, de nivel intermedio y de coordinación metropolitana, que fueran las más estables y extendidas en el medio y que se localizaran en asentamientos periféricos, tipo campamentos, población de autoconstrucción o de vivienda social. El estudio abarcó: 20 organizaciones de *supervivencia económica* (talleres laborales, comprando juntos y ollas comunes); 10 organizaciones *juveniles* (comunidades cristianas juveniles, centros culturales, centros juveniles de derechos humanos y colonias urbanas juveniles); 6 organizaciones de *nivel intermedio coordinadoras*, de diferentes niveles y composición (sectorial, comunal, de jóvenes, de zonas, de mujeres y de derechos humanos), y 4 organizaciones *metropolitanas de nivel superior* (Coordinadora Metropolitana de Pobladores, Coordinadora de Agrupaciones Poblacionales, Movimiento Dignidad y Movimiento Solidaridad).

El procedimiento de la investigación se basó en la aplicación de entrevistas en profundidad semiestructuradas a miembros de base y dirigentes (individuales y colectivas), a agentes externos (miembros de

las 4 vicarías zonales de la Iglesia católica, de 4 instituciones de apoyo a las organizaciones y a responsables de actividades de desarrollo comunitario de 4 administraciones municipales), así como en el manejo de abundante material documental, tanto generado por las propias organizaciones como por otros trabajos de investigación. Campero se sale de la corriente bastante predominante en los últimos años de reproducir los testimonios, o porciones en el texto, es decir, la voz de los propios actores, y se involucra en la elaboración analítica de la información obtenida de las entrevistas, observaciones y documentos para presentar las características de las distintas situaciones y organizaciones y sus interpretaciones e hipótesis. Sin embargo, un anexo con algunos materiales documentales de las organizaciones e instituciones hubiera sido un buen complemento del texto. Considerando la estimación más reducida que se cita, los pobladores representan uno de cada tres habitantes urbanos de la provincia de Santiago, con una población de 3 600 000 habitantes en 1982. La desocupación y "desobrerización" marcan la situación económica de los pobladores y, como en otros países, los jóvenes y las mujeres son quienes resienten más fuertemente la expulsión del mercado de trabajo y el achicamiento de las alternativas de empleo remunerado. Del total de pobladores organizados, estimados en 200 000, las organizaciones de supervivencia económica reunían a 187 000 en 1986; son las que más se han multiplicado y extendido. Puede no sorprender, pero los indicadores del deterioro de las condiciones de vida y la creciente pobreza urbana (independientemente de la heterogeneidad que evidencia la composición socioeconómica de los pobladores) presentados en el libro, hablan por sí mismos. Pero ésta no es una explicación suficiente, cuando menos para la situación chilena.

Desde la perspectiva multidimensional, el autor identifica las orientaciones *instrumentales*, *ideológicas* y *políticas* que se manifiestan y coexisten (con distinto peso y tensión) en los cuatro tipos de organizaciones estudiadas, asociándolas al antecedente y patrimonio social de experiencias, influencias y aspiraciones del "antes" de la dictadura y a las circunstancias y nuevos procesos del "después" del golpe militar que derrocó el gobierno de Salvador Allende. La política social de la democracia cristiana (gobierno de Frei) y la del gobierno de la Unidad Popular, más las etapas de movilidad social, forman parte del sedimento de las prácticas, opciones y ubicaciones de las organizaciones y agentes externos enfrentados a una situación complementamente diferente en la que el Estado redistribuidor e interlocutor se cierra, excluye y reprime. Por lo tanto, el autor quiere destacar que el reconocimiento de la pauperización y bloqueo a las posibilidades individuales no explica automáticamente la aparición y crecimiento de las formas colectivas y solidarias de supervivencia económica, así como el carácter y orientación más instrumental de estas organizaciones no agota

sus propósitos y actuaciones. Si bien el comienzo tiene objetivos *instrumentales*, puesto que se crean para mitigar (con el apoyo y ayuda de instituciones no gubernamentales) algunas necesidades inmediatas y apremiantes de supervivencia cotidiana, la dimensión *comunitaria*, “de reconstitución de una red primaria de sociabilidad integrativa frente a las carencias materiales y a los procesos desarticuladores que provocó el modelo de mercantilización de las relaciones sociales post-1973” (p. 61), adquiere un importante papel compensatorio y protector, no sólo frente al espacio público más “macro”, sino frente y dentro del propio espacio comunitario habitacional por la coexistencia de tendencias al individualismo y diferenciación. Es por ello que Campero señala el carácter formativo, de estimación social e intercambio cultural y sociopolítico (en gran medida dependiente de la promoción e intervención de agentes externos) que lo conduce a decir que, “más allá de constituir estrategias de subsistencia económica, las organizaciones estudiadas parecen ser a menudo núcleos de *supervivencia moral* en que la lógica comunitaria, a medida que se desarrolla, va ofreciendo respuestas a la crisis de desintegración que genera la exclusión socioeconómica y política. Respuesta que es menos política y reivindicativa y más simbólica y expresiva” (p. 71). Efectivamente, una nueva cuestión que surge bajo regímenes militares y políticas económicas neoliberales es que los espacios, canales e instituciones para dirigir las orientaciones y acciones reivindicativas de los pobladores se reducen (o extinguen), no sólo por la lógica de la política económica sino por los cambios en la estructura y gestión de los aparatos estatales y en la relación entre Estado y sociedad civil. La posibilidad y capacidad reivindicativa requieren de un cierto grado de penetración o fluidez entre el poder público y las demandas y negociaciones de los movimientos y organizaciones urbano-populares. Pero también requieren de aprendizajes y prácticas previas que habilitan a los grupos a ejercer acciones reivindicativas y penetrar en los espacios institucionales; de lo contrario, la fórmula más común es el clientelismo o el asistencialismo.

Las organizaciones intermedias y coordinadoras metropolitanas y el “activo político”, esto es, los militantes de partidos políticos que actúan o son dirigentes de estas organizaciones, se enfrentan a una encrucijada difícil de resolver: por una parte, el “tope” a los canales y expresiones reivindicativas por la propia lógica económica y política del régimen; por otra, lo que el autor apunta que es la persistencia (aunque con matices) de un sustrato ideológico o “idea fuerza” que orienta la intervención de los militantes de partidos de izquierda en las poblaciones, tributaria de los procesos de lucha y participación durante el gobierno de Allende. Una ideología que sostiene que para que este sector social pueda convertirse en un actor político dentro de las relaciones de poder debe construir un *poder popular* de tipo territorial con

capacidad de generar un *doble poder* radicado en las zonas populares de las ciudades, de manera de confrontar a las instituciones consideradas “burguesas”. Sin embargo, esta posición, que implica un discurso y una acción radicalizada hacia la esfera estatal, se enfrenta a la realidad de una base social que tiende más bien, como lo dice el autor, “a comportamientos defensivos, de supervivencia o corporativos y que resiente fuertemente la amenaza represiva que originan los comportamientos más radicalizados” (p. 148). Esto provoca un desbalance y límites prácticos entre la acción social y la acción política y aumenta la brecha entre las dirigencias y la base social que integra las distintas organizaciones, con pocas excepciones.

En las conclusiones del libro, Campero puntualiza los elementos que, desde su perspectiva, componen esta tensión entre las dos lógicas de supervivencia y acción política, entre pobladores y proceso político, vinculándola a lo que al autor le interesa demostrar a lo largo del libro: la *heteronomía* de la situación y actor poblacional.

Nos preocupa resaltar otros dos aspectos que surgen de este trabajo. Uno es la acertada sensibilidad analítica que el autor muestra para señalar el papel de *la mujer* como actor central de las organizaciones de supervivencia económica. Esta presencia y participación de las mujeres en las organizaciones comunitarias para la supervivencia (y también en los movimientos sociales urbanos, pues son su base mayoritaria) no es, por cierto, una exclusividad de la situación y procesos que se están viviendo en Chile. Sin embargo, en los estudios globales sobre los movimientos y acciones colectivas las mujeres no siempre están específicamente identificadas y ubicadas como sujetos de análisis y reflexión. De los resultados obtenidos de las entrevistas, el autor descubre algo que debe ser tenido en cuenta, no sólo para pensarlo dentro del nivel molecular, “micro” de la vida cotidiana, sino para tenerlo siempre presente dentro de los procesos, cambios y estrategias más amplias y altas, especialmente cuando está en juego una transición democrática. Dice el autor que “las prácticas participativas, el aprendizaje de nuevas formas de sociabilidad, la comprensión más elaborada del carácter social y colectivo de la crisis y, en fin, la capacidad de expresividad que facilita un núcleo comunitario convierten a esta experiencia en un proceso de impactos profundos sobre la conciencia de las mujeres que participan” (p. 72). En lo que no coincidimos con el autor es cuando —reflexionando sobre las características y potencialidades de las organizaciones de supervivencia, que son las que más anclaje han logrado en la base poblacional— supone que la redefinición del papel social de la mujer se debe a una suerte de “ingeniería social, individual y colectiva que permite resistir procesos de signo desintegrador como los de este país” (p. 256). En lo que se refiere a la mujer (aunque debería haber aclarado su concepción de “ingeniería social”, que tiene un

origen y tradición discutible en las ciencias sociales), es el *género femenino*, las relaciones de género y la problemática específica de la mujer en la sociedad, lo que nos puede hacer comprensibles las cualidades de la resistencia, poderes y alternativas en la trama de conflictos y solidaridades por donde circula y actúa el papel de la mujer. Si el enfoque y la visión son multidimensionales, la dimensión de género tiene que estar incluida.

El segundo aspecto es el de los *municipios*. El mérito del autor es el de también haber puesto en el escenario de la observación e hipótesis a los gobiernos locales, su función y relación con los espacios y objetivos de la acción colectiva de las organizaciones populares. La información y propuestas que presenta exceden el marco de la situación chilena puesto que, esquemáticamente, dos "tradiciones" han predominado sobre esta instancia político-administrativa del Estado: una, el privilegio que le han otorgado los estudios urbanos y políticos a los grandes aparatos centrales de la estructura estatal, los procesos y tendencias globales de la urbanización, a los partidos políticos, la lucha electoral y la representación parlamentaria; la otra, el escaso interés de las corrientes políticas de izquierda (salvo todas las excepciones de los casos) por definir e impulsar estrategias y programas de alcance municipal, para la gestión democrática de los bienes y servicios de consumo colectivo, la organización territorial de la vida cotidiana local y el ejercicio de los derechos ciudadanos. Asimismo, la reticencia (o negativa) de las organizaciones urbanas independientes y otro tipo de asociaciones de base comunitaria por establecer, o demandar, vinculaciones de negociación, interlocución y participación con las autoridades municipales, bajo argumentos justificados que acusan el carácter autoritario, vertical, ineficiente y de control social, o simplemente por el desconocimiento de las atribuciones y responsabilidades públicas que deben cumplir los municipios.

Como señala el autor, también sobre los gobiernos municipales se aplica una visión unidimensional y, no obstante los rasgos mencionados, el hecho de dirigir acciones reivindicativas y aspiraciones de participación social en decisiones y programas municipales, no implica necesariamente aceptar el reclutamiento oficialista o la cooptación. Es cierto, la cuestión municipal representa un desafío, no sólo para las organizaciones sociales, sino para las corrientes políticas y la investigación académica. Para Campero este desafío significa "asumir también en el presente al poblador como ciudadano, al mismo tiempo que como potencial actor de un cambio social futuro" (p. 241).

HERNANDO DE SOTO, en colaboración con E. Ghersi y M. Ghibellini. *El otro sendero: la revolución informal*. Editorial Oveja Negra, Bogotá, Colombia, 1987.

Sin tomar en cuenta el prólogo escrito por Mario Vargas Llosa, ni el contenido del capítulo introductorio, excepto en lo que respecta al vínculo entre migración e informalidad (que no agrega nada respecto a lo sostenido, originalmente, por la vieja teoría de la marginalidad desaliana), empezamos esta reseña exponiendo el despliegue del argumento central del libro, que se inicia con tres impactantes capítulos dedicados a la vivienda informal (capítulo II), al comercio informal (m), y al transporte informal (iv).

La información consignada en esos tres capítulos sirve para apoyar la idea de que en los sectores populares urbanos existe una reserva de energía empresarial. Entre el conjunto de datos presentados hay algunos sorprendentes: el 38.9% del producto interno bruto peruano de 1984 se produjo informalmente, y el 61.2% del total de horas hombre trabajadas se consumieron en el sector informal; el 42.6% de la vivienda que alberga el 47% de la población de Lima se ha producido informalmente, y en los últimos veinte años el sector ha producido vivienda por un valor de 8 319.8 millones de dólares. En el mismo lapso, en cambio, el gobierno ha construido vivienda popular por un valor de 174 millones de dólares; en el sector informal se encuentra el 42.2% de la población dedicada al comercio en Lima, quienes distribuyen el 60% de los alimentos y han construido 274 mercados y centros comerciales, valuados en 40.9 millones de dólares. En contraste, el gobierno sólo ha construido 57 mercados; en la capital peruana los informales controlan el 93% del parque automotor de transporte de pasajeros y el 80% de sus asientos, el valor de reposición de la flota más la inversión en talleres, repuestos e infraestructura es de 1 020 000 dólares, el pasaje promedio de un autobús informal es del orden de los diez centavos de dólar, cuando en muchas ciudades occidentales alcanza 1.50 dólares.

Para comprender por qué esta energía empresarial se canaliza hacia el sector informal es necesario tener claro que:

la noción de informalidad que utilizamos en el presente texto es, pues, una categoría creada en base a la observación empírica del fenómeno. No son informales los individuos, sino sus hechos y actividades. La informalidad no es tampoco un sector preciso ni estático de la sociedad, sino una sombra en penumbra que tiene una larga frontera con el mundo legal y donde los individuos se refugian cuando los costos de cumplir las leyes exceden sus beneficios. Sólo en contados casos la informalidad implica no cumplir con todas las leyes; en la mayoría se desobedecen disposicio-

nes legales precisas... También son informales aquellas actividades para las cuales el Estado ha creado un sistema legal de excepción a través del cual un informal puede seguir desarrollando sus actividades, aunque sin acceder necesariamente a un estatus legal equivalente al de aquéllos que gozan de la protección y los beneficios de todo el sistema legal peruano (pp. 12 y 13).

Dado que la conceptualización define a las actividades informales como extralegales, se impone indagar en el conjunto de normas y disposiciones legales para buscar las razones que inducen a los informales a traspasar sus límites.

En el capítulo v se entrega abundante información empírica para argumentar que el sistema legal peruano es inoperante, tanto por las trabas que impone al acceso y a la permanencia en el sector formal de la economía, como por la carencia de lo que se denomina el derecho facilitador.

Respecto a las trabas para ingresar al mundo de la legalidad se examinaron expedientes de solicitudes de terrenos al Estado, lo que permitió comprobar que la adjudicación tomaba casi siete años, con un costo del trámite de 2 156 dólares por familia. Los comerciantes deben esperar doce años desde el momento que deciden construir un centro comercial o un mercado, de los cuales nueve años y ocho meses son para satisfacer trámites burocráticos. En el caso del transporte, el Estado simplemente no permite el acceso legal a la actividad.

Como los informales no están dentro de los marcos que limitan el campo de la legalidad no pueden aprovechar los elementos facilitadores del derecho: el derecho de propiedad; las disposiciones legales que vigilan el libre intercambio; no pueden constituir personas jurídicas ni exigir responsabilidad civil extracontractual, y no tienen acceso al crédito ni a la publicidad.

En consecuencia, el sector informal surge debido a que el amplio sector de la sociedad depositario de la energía empresarial, palanca de la transformación social, se enfrenta a una maraña burocrática-legal que pone trabas a su ingreso a la formalidad y a mantenerse dentro de ella. Adicionalmente, el sistema legal imperante obstaculiza el crecimiento del sector informal al no proveer un conjunto de normas que garanticen la seguridad, elemento básico para la acumulación.

La causa de la situación descrita se encuentra en el paralelo entre "el Perú de este siglo y el mercantilismo europeo de antaño" (p. 251). Los rasgos esenciales del mercantilismo, y por extensión de la sociedad peruana actual, serían: i) capitalismo sin libre mercado ni competencia, ii) donde el Estado actúa vía la redistribución del producto de la actividad productiva (es el tema central del capítulo VI), iii) provocando así el efecto perverso de obstaculizar la producción, y iv) favoreciendo

a una élite que tiene acceso a las decisiones políticas. Como resultado de todo esto las normas legales obedecen a los intereses de los miembros de la élite en el poder: funcionarios públicos y políticos y de "quienes tienen acceso al poder del Estado", sin considerar los costos que imponen al resto de la sociedad. El hecho de que entre 1947 y 1985 el Poder Ejecutivo haya emitido el 99% de las normas que deben cumplir los ciudadanos y el Legislativo sólo el 1% restante da sustento empírico al argumento del origen elitista de las leyes.

Por lo tanto, las élites en el poder del Estado mercantilista peruano generan un conjunto de leyes que al mismo tiempo que favorecen sus propios intereses obstaculizan las actividades productivas de los otros agentes económicos, especialmente los informales, quienes para poner en acción su energía empresarial deben recurrir a actividades extralegales. De este modo se cierra el argumento central del *otro sendero*.

Las consecuencias que se derivan de estos planteamientos son inmediatas:

Dentro de las fronteras del Perú existe más de un país. Hay un país mercantilista al que hasta el día de hoy se le trata de reanimar con distintas fórmulas y técnicas políticas, pero que ya tiene todos los síntomas del cuerpo que no da más; hay también un segundo país, el de quienes se angustian buscando salidas, pero que se pierde entre los objetivos de destrucción de la violencia terrorista y las exhortaciones carentes de soluciones prácticas de muchos progresistas; y finalmente, existe un tercer país, que constituye lo que nosotros llamamos "el otro sendero": el país que trabaja duro, es innovador y ferozmente competitivo y cuya provincia más resaltante es, por supuesto, la informalidad (p. 313).

No deja de llamar la atención que en el cuarto de siglo que ha transcurrido entre las investigaciones de DESAL realizadas en Santiago de Chile, y las de informalidad del ILD llevadas a cabo en Lima, Perú, los marginales pasaron de ser un lastre para el desarrollo de los países de América Latina (a quienes había que modernizar) a ser los actores sociales de avanzada que están mostrando al resto de la sociedad no sólo un camino viable para alcanzar su desarrollo económico, sino también formas de organización democrática. Es decir, ahora son los paladines del tránsito a una sociedad capitalista democrático-burguesa.

La referencia a la marginalidad es obligada debido a que en lo teórico ambas formas de pensamiento comparten una visión del crecimiento por etapas, que hace recordar el manifiesto no comunista de Rostow, aunque parecieran diferir respecto al papel del capital internacional en el desarrollo de los países de América Latina: en la década de los sesenta asistimos a la confluencia de una política de atracción de capitales foráneos en América Latina como estrategia para aumentar la inversión y el producto, y la política de inversión directa en países en

desarrollo, de las empresas de los países centrales; los estudios actuales realizados en regiones desarrolladas de varios países (por ejemplo, Nueva York, Florida y California, en Estados Unidos; la Alta Emilia, en Italia; Alicante, en España) muestran que una de las estrategias seguidas por los capitalistas para enfrentar la caída en la tasa de ganancias ha sido la de fraccionar el proceso productivo y maquilar parte de la producción ya sea como trabajo domiciliario o en empresas localizadas en países con estructuras de costos bajos (especialmente por el precio de la mano de obra), pero, a diferencia de las empresas de los años sesenta, esta vez sin control sobre el proceso global de producción. El capital foráneo encuentra, en la actualidad, limitaciones para penetrar en los países de la región debido, en parte, a las trabas legales originadas por el proceso de sustitución de importaciones. Falta crear, para cerrar el circuito, las condiciones internas para canalizar la inversión extranjera.

La importancia teórica y las consecuencias político-prácticas que se derivan de la obra comentada me incitan a agregar algunas observaciones en relación con los tres argumentos que la vertebran.

i) Respecto a la energía empresarial de los informales, quienes indican a la sociedad el camino para pasar del mercantilismo al capitalismo, habría que señalar que el concepto utilizado pone en la misma bolsa a actores sociales tan diversos como: empresarios artesanales de los cuales han dado cuenta las investigaciones del DESCO realizadas también en Lima; capitalistas subterráneos (es decir, aquellos que esconden parte de los procesos de producción para eludir obligaciones fiscales); personas que para sobrevivir se dedican a actividades de comercio y servicios menores, que quedan mejor descritos por el concepto de informalidad de la OIT-PREALC; empresas de trabajadores (por ejemplo cooperativas). Dejando a un lado a los artesanos en transición capitalista, es difícil imaginar cómo éstos, en conjunto con las empresas cooperativas y los informales que están luchando por subsistir, estén señalando los derroteros del proceso de modernización de las sociedades de América Latina. ¿No se estará privilegiando el proyecto de los capitalistas subterráneos?

ii) No se puede negar lo abigarrado del sistema legal que caracteriza a los países latinoamericanos; sin embargo, la mera comprobación del hecho no permite concluir que sea necesario un cambio profundo en la naturaleza del Estado. Hay muchas opciones antes de tomar medidas tan extremas, que pueden ir desde la modernización en distintos grados hasta la simplificación y adecuación del aparato burocrático y legal. Sin embargo, el argumento que da fuerza a la propuesta del cambio en el Estado es el del mercantilismo.

iii) Sin entrar a discutir si se puede sostener que los países de América Latina no han sobrepasado esta etapa histórica casi al finalizar

el siglo XX, y sin ánimo de reeditar la polémica sobre las etapas del crecimiento económico de los años cincuenta y sesenta, me parece útil detenerse en la identificación de los actores sociales que componen la élite, que, en aras de proteger sus intereses, origina un sistema legal que cohibe y obstaculiza la manifestación abierta del proyecto de transformación social contenido en el seno de la informalidad. Éstos son los funcionarios públicos, los políticos y aquellos que tienen acceso al poder del Estado. ¿Quiénes son estos últimos? El capítulo VI, "La tradición redistributiva", tiene numerosos pasajes que señalan en dirección a la vieja burguesía encargada de encabezar el proceso sustitutivo de importaciones. En consecuencia, nuestros países no se desarrollan debido a que los intereses de la élite, de los funcionarios públicos, los políticos y los empresarios formales lo impiden al defender sus intereses. Llegamos así a la segunda inversión en el papel histórico de un actor social: a la transformación de los marginales en empresarios schumpeterianos, hay que agregar que quienes se encargaron de poner en práctica el desarrollo vía la sustitución de importaciones, ahora son parte del escollo para modernizar nuestros países.

Por último, hay que señalar que se realizan generalizaciones abusivas al aplicar los resultados de una investigación realizada en la capital a todo el país y al resto de los países de América Latina. Las ciencias sociales han avanzado lo suficiente para abandonar las pretensiones de generalidad que la caracterizaron hasta la primera mitad de los setenta. Los sucesos de ese periodo obligaron a abandonar la elaboración de modelos comprensivos para todos los países y a incorporar las especificidades históricas y geográficas. Dadas las singularidades en las historias de los países de América Latina, parece absurdo pretender derivar alternativas de desarrollo a partir de una investigación hecha en una ciudad, aunque ésta sea una capital.

FERNANDO CORTÉS

RUDOLF BRAUN, *Industrialisierung und Volksleben*, Vandenhoeck y Ruprecht, Gotinga, 1979 (segunda edición).

No tenemos noticias de que el libro que comentamos a continuación haya sido traducido al español. Sin embargo, diversos factores nos convencieron de que era muy conveniente presentar esta investigación de la industria domiciliaria suiza en el siglo XVIII al público interesado de América Latina. En primer lugar, constituye un raro ejemplo de los escasos estudios monográficos dedicados exclusivamente a la industria a domicilio. En segundo, su autor ha sabido integrar un cúmulo impresionante de información referida a la industria doméstica en las tie-

rras altas del condado de Zurich. En tercer lugar, y desde un punto de vista más rigurosamente científico, la investigación es un ejemplo notable de la metodología weberiana en el análisis histórico.

No todos los lectores aceptarán siempre su punto de vista; sin embargo, este libro es extraordinariamente útil para todos aquellos interesados en comprender los procesos que precedieron a la llamada Revolución Industrial. Desde nuestra perspectiva, existe una razón muy específica para poner en contacto, aunque sea por medio de una breve reseña, a nuestros lectores mexicanos y latinoamericanos con este caso de desarrollo industrial en Suiza. Los maquileros suizos del siglo XVIII enriquecen nuestro panorama histórico y nos permiten comprender mejor el papel tan variado que la industria a domicilio (*putting-out system*) ha desempeñado en los países occidentales y en las diversas fases del desarrollo capitalista.

Nos hallamos ante la segunda edición de un libro que vio la luz a fines de los años cincuenta como disertación doctoral. Rudolf Braun fue el primer sorprendido de que su tesis se publicara por segunda vez en 1979. Desde hace casi veinte años el interés por la industria a domicilio ha experimentado un crecimiento inesperado. Esta nueva valoración de la industria a domicilio (en alemán, *Heimindustrie*) le ha conseguido, incluso, un nuevo nombre: protoindustria.

Braun investiga la ruptura social y cultural que tuvo lugar en una zona rural suiza durante los siglos XVn y XVIII bajo el influjo de la industria a domicilio. El punto de vista y el objetivo de Braun podrían calificarse como propios de la antropología cultural (*Volkskunde*); su análisis comienza en el punto donde acaba la historia económica. En concreto, se pregunta: ¿cómo es recibida por el pueblo la industrialización y cómo se transforma la vida del pueblo mediante el influjo del proceso de industrialización? Se pretende romper con los estudios previos que de un modo más o menos explícito acusan a la industrialización de todos los males actuales. En vez de eso se intenta mostrar las nuevas formas que presentan las relaciones sociales.

Este objeto de investigación se delimita con toda precisión desde el comienzo: se estudiará la industrialización de Zurich, que, como todo proceso histórico, es único e irrepetible. La organización estatal y económica de Zurich dio forma en los siglos XVII y XVIII al sistema industrial que produjo la industria a domicilio. Típico de esta industria es que salta sobre los muros de las ciudades para extenderse por las comarcas rurales e incorpora en su organización tanto a los "burgueses" como a los campesinos. Por tanto la industria a domicilio consta de dos sectores social y políticamente diferenciados desde el nacimiento.

El primero lo forman los "burgueses" privilegiados. Como conformadores del orden político y económico, su objetivo consiste en generar y dominar monopolísticamente los nuevos sistemas de produc-

ción industrial. Sólo estos "burgueses" poseen el derecho de comprar la materia prima y de comercializarla una vez terminada.

El segundo sector lo forman los subordinados campesinos. Carecen de los derechos atribuidos a los burgueses y su participación en el sistema se reduce a una serie de funciones perfectamente delimitadas: todas convergen en la elaboración de la materia prima. La misma complejidad de estas funciones fomenta, sin embargo, el surgimiento de una estructura jerárquica. El largo camino desde la fibra original hasta el paño hace posible que surjan pequeños empresarios (intermediarios) que nunca llegan a las posiciones más elevadas. Dentro de ciertos límites, la industria a domicilio sí permite cierta movilidad social entre los subordinados rurales.

La investigación de Braun se centra exclusivamente en el sector dominado que es el campesino. En su opinión, que no fundamenta, el historiador de la economía se fijaría ante todo en el sector "burgués", el dominante.

La industria a domicilio se injerta en el orden social propio de la ciudad—Estado de Zurich. De ahí que este sistema industrial evolucione junto con el resto de la estructura socioeconómica. Braun no investiga estos cambios económicos; su tarea se centra en el análisis de los cambios en las formas de vida producidos bajo el influjo de la industria a domicilio. Con toda precisión el autor insiste en que su trabajo no incluye ninguna exposición de significado histórico y económico de la industria domiciliaria, ni tampoco extensas descripciones de los sistemas de hilado y tejido, ni de otras actividades pertinentes. Braun expone su investigación a lo largo de seis capítulos. A continuación sintetizaremos muy sucintamente el contenido de cada uno.

El primero está dedicado a contestar una doble pregunta: quiénes se incorporan a la industria a domicilio y por qué. La primera respuesta es que las familias pobres de las zonas rurales son las que buscan incrementar sus ingresos con la rueca y la costura. Los pobres son los que aceptan el nuevo sistema, que no nace de la economía campesina sino de los intereses urbano-burgueses. ¿Por qué esta respuesta de los campesinos pobres? Porque no había otras posibilidades de trabajo. La industria doméstica no va al campo a remplazar a otras fuentes de trabajo. Braun da un paso más. ¿Por qué son los campesinos de los "altos", no los del valle, los que reciben masivamente la maquila? Porque permite a cantidades crecientes de campesinos el enraizamiento en su terruño. La maquila doméstica ofrece a muchas familias la posibilidad de pagar sus deudas y, también conservar sus escasos bienes. En este sentido, la industrialización ata a las "tierras altas" a las personas económicamente dependientes y carentes de tierra.

Hay que recordar que para ser un ciudadano con todos los derechos había que poseer bienes, sobre todo la *casa*, cuya posesión era

un instrumento político contra los débiles. De ahí que el ciudadano que recibía limosnas perdía el derecho de la actividad civil en la comunidad. La posesión aun limitada de algún bien, gracias a la maquila domiciliaria, garantizaba a los pobres el anclamiento en su terruño.

En realidad, estos "pobres" aldeanos ya no son campesinos. Son las *orillas* de un mundo campesino que ya no les proporciona suficiente espacio vital. La creciente industria maquiladora es influida en su misma esencia por estos presupuestos humanos de los "altos".

Con toda lógica pasa Braun a contestar la segunda pregunta. ¿Por qué son precisamente los campesinos de los "altos" quienes se incorporan masivamente a la maquila? En definitiva, según él, por la tendencia al encapsulamiento de las comunidades, la cual debe designarse como la fuerza impulsora del cambio del orden económico campesino en el siglo xvii. Las comunidades campesinas se defendieron más y más contra los advenedizos que pretendían entrar; las mismas autoridades sancionaron el proceder legal de las comunidades.

El primer muro defensivo fue, precisamente, la cuota de entrada.

La consecuencia fue el deterioro económico de la población en los terrenos comunales más pequeños (los de los altos) porque se entraba con pagos menores. Los pobres no se podían introducir en comunidades ricas. Así, los altos se convirtieron en tierras colonizadas por los pobres. Esta penosa situación de los altos se manifiesta cuando la industria a domicilio avanza hacia la montaña. Los pobres reciben un apoyo para la existencia por medio de las industrias como fuentes de ingreso.

Por eso, concluye Braun, los altos se convierten en tierras de nuevos asentamientos sólo cuando la industria a domicilio se extiende en los valles. Surgen así los nuevos asentamientos en lugares que contradicen las condiciones materiales. Estos asentamientos deben su origen a la industria textil y casi no pueden considerarse asentamientos rurales.

En los valles, donde existen asentamientos rurales cerrados, se dan comunidades campesinas en donde nadie puede usar el suelo a su antojo. La industria a domicilio exógena muy difícilmente entra en estos "cuerpos económicos" firmemente ensamblados. Las relaciones sociales en los altos son completamente distintas. El campesino puede usar el suelo como le parezca. Este campesino *aislado* tiene mucha mayor libertad.

La conclusión lógica del capítulo es que la economía campesina de los altos, con su uso del suelo, puede establecer una simbiosis productiva con la maquila industrial de Zurich.

En el segundo capítulo Braun plantea una pregunta, cuya respuesta le ocupará tres capítulos: ¿cómo cambian las condiciones sociales de los altos con la industrialización?

Primeramente centra su atención en la familia. En síntesis, la in-

dustrialización fomenta el paso del matrimonio "económico" al amoroso. La maquila multiplica los matrimonios y los adelanta. La maquila personaliza e individualiza el contrato matrimonial. A partir de 1650 más grupos del pueblo en los altos ponen su destino en las manos de los empresarios maquiladores. La gente se casa ya con absoluta confianza en la maquila. Se pactan matrimonios que carecen de apoyo material, a diferencia de las comunidades campesinas tradicionales; pero los contratos son más íntimos y personales.

Braun alude a la tesis del derrumbe de la familia. Más que hablar de derrumbe, él prefiere referirse a valores morales distintos y nuevos entre la población industrializada. Los ingresos económicos proporcionados por la maquila traen la posibilidad de la liberación del individuo de un orden social fijo. La responsabilidad moral recae cada vez más en el individuo.

En el capítulo III R. Braun analiza diversos aspectos del nuevo modo de vida en la población industrial de los altos. La alimentación es uno de los factores que más pronto comienza a cambiar. A medida que los campesinos dependen en mayor medida de la maquila pueden emplear sus ingresos económicos para diversificar su dieta. Ya no comen sólo lo que producen. El café y la carne, por ejemplo, abundan más entre los trabajadores industriales domiciliarios. En el siglo XVIII las papas comienzan a ser la base de la alimentación. La crisis económica de 1770-1771 empuja todavía más a la gente hacia el consumo de las papas y, después, del maíz. Para la población industrial de los altos la papa es un regalo de la Providencia.

El cambio de vida también afecta a la forma de *vestir*. Los habitantes del campo que trabajan en la industria domiciliaria usan el *vestido* para distanciarse de su entorno campesino. La ciudad se convierte en el ejemplo a imitar.

El cambio en la alimentación y en el vestido se inscribe en un contexto más amplio. La segunda mitad del siglo XVIII muestra renovadas exigencias por las nuevas condiciones de vida. Braun cita a los observadores que indican que la nueva industria, con sus modas, lujos y cambios, empuja tanto a patronos como a obreros a adquirir un nuevo espíritu nacional opuesto al tradicional.

Se instaure una relación dialéctica entre el lujo y la industria. La discusión del lujo, según Braun, muestra la presencia de una voluntad conformadora de la nueva conciencia cultural. El trabajador a domicilio anuncia con su nueva conformación vital la apertura hacia las corrientes espirituales y culturales del tiempo.

En el capítulo IV, el autor extiende estas consideraciones a la casa del maquilador domiciliario. El rasgo principal es que el desarrollo del trabajo a domicilio corre paralelo con una oleada de nuevos asentamientos, a pesar de la prohibición de construir fuera de los límites de

las villas. Por otra parte, la maquila empuja hacia la construcción de casas unifamiliares. El maquilero, en definitiva, necesita más espacio en la habitación que el campesino tradicional.

Llegamos así al capítulo v, en el que Braun estudia la influencia de la maquila en la vida popular. La pregunta concreta es cómo se relaciona la *esencia* del trabajo maquilero con los cambios de vida comentados en los capítulos previos.

De acuerdo con su metodología Weberiana¹, Braun insiste de nuevo en que sólo mencionará los aspectos técnicos del proceso de trabajo y la organización de la maquila industrial en Zurich cuando el conocimiento de estos aspectos sea necesario.

El presupuesto básico de trabajo en el que se apoya Braun es estrictamente weberiano. Se trata de la ética protestante de trabajo. Su tesis fundamental es que el origen y desarrollo de la maquila doméstica en Zurich no se pueden comprender sin tomar en cuenta los aspectos histórico-religiosos.

Los “señores de la maquila” tienen el cuño protestante de Zwinglio y su tipo de “devoción”. Como se sabe, Zwinglio es cofundador desde 1523 de la ética protestante del trabajo. Como Calvino, predica el trabajo hasta en los días de fiesta. El trabajo —incluido el infantil— es parte de la vida cristiana. “Ora y trabaja”, es la síntesis cristiana de esta tradición protestante.

La tesis de Braun es que Zurich debe su industria a la ética protestante. En el caso de los campesinos maquileros, el *ethos* protestantes es decisivo para que tomen una nueva actitud frente al trabajo. Ésta es necesaria para su plena integración a la industria maquiladora.

La mayoría de los trabajadores, que por su origen estaban anclados en la tradición, tiene que integrarse en un nuevo proceso necesario por el cual se hacen útiles para el sistema económico moderno racional y mecanizado. Esto implica, obviamente, un cambio de sus estructuras mentales.

Braun establece una comparación para medir este cambio. En la economía campesina, los procesos y métodos de trabajo se determinan de acuerdo con la tradición y dependen de factores naturales; no los dirigen consideraciones racionales, sino sólo el ejemplo de los antecesores. Todas estas condiciones se oponen a la maquila. La ética protestante es decisiva para transformar estas actitudes de tradicionales en “racionales”, es decir, para lograr que los campesinos trabajen para obtener una ganancia e impulsados por una fuerza religiosa interior que los empuja al trabajo.

¹ Estos aspectos metodológicos aparecen tratados con más detenimiento en mi libro *Metodología*, Editorial Edicol, 8a. edición, México, 1986.

Braun insiste en la ética protestante, pero reconoce explícitamente que no se puede analizar el sistema maquilero aislado del conjunto de las relaciones políticas, sociales y económicas. Poco a poco las relaciones sociales campesinas dejan de corresponder al tipo industrial de existencia de los maquileros. Éstos desarrollan una autoconciencia determinada por su nuevo tipo de trabajo. Ya no comparten la admiración tan de moda por el modo de vida campesino. Esta autoconciencia social del maquilero crece con la expansión de la industria de la maquila. Se apoya en los salarios percibidos. Gracias a estas ganancias, ellos se distancian de los campesinos.

Los maquileros son asalariados. Sin embargo, el paso del campesinado al trabajo del maquilero industrial no puede conceptualizarse como "desarrollo de la conciencia de clase". Esta actitud es ajena al maquilero. En ellos nunca se enraizan los movimientos laborales, ni surge una nueva solidaridad. Lo que sí nace con la maquila doméstica es una nueva forma de vida. Las conexiones sociales del maquilero siempre tienen algo de fluctuante. En cambio, la confianza del campesino es más firme porque se apoya en la posesión del suelo.

En el VI y último capítulo se completa el análisis de los cambios de vida producidos por la nueva situación laboral. Se recurre para ello a un instrumento extraordinariamente útil: la crisis. ¿Cómo vive esta población industrial la carestía, la crisis y la falta de ingresos? ¿Cómo se comportan ante la pobreza y la necesidad?

Se subraya, para comenzar, que el sistema maquilero de producción ofrece escasa seguridad al trabajador domiciliario. Él sufre las caídas de los precios y de abastecimiento, los cambios producidos en la industria textil por la introducción de nuevas máquinas, la disminución de los salarios. Los culpables, indica explícitamente Braun, son los empresarios citadinos y los intermediarios. Frente a ellos el maquilero está inerme; no cuenta con ninguna defensa.

Ni siquiera las iglesias ofrecen apoyo. Los curas se preguntan por las causas de tanta pobreza. Pero sus respuestas muestran que no captan la estructura socioeconómica del campo. Atribuyen la miseria a los excesos de lujo, en la comida y bebida, a los matrimonios tempraneros. Por lo demás, es conocida la oposición de los párrocos a los maquileros.

Braun ofrece otra explicación. Los campesinos que se dedican a la maquila lo hacen porque no tienen otra salida, porque ya no tienen terrenos. La ganancia derivada de la maquila se torna indispensable para pagar sus deudas. La existencia del maquilero, por tanto, se apoya en un salario, no en una posesión como es el caso de los campesinos.

Lo típico de estos maquileros son los cambios bruscos de los buenos salarios en tiempo de bonanza económica a la pobreza. ¿Cómo se enfrenta el maquilero a estos cambios? Pierde los sistemas de pro-

tección tradicionales de los campesinos (vecinos, familia) y también carece de los seguros u otras organizaciones de defensa.

En definitiva, el maquilero acepta la inseguridad como algo querido por Dios. Para Braun, el sistema maquilero es un producto del antiguo régimen, un hijo del mercantilismo urbano estatal. La responsabilidad por la pobreza y la crisis debe buscarse en la estructura espiritual, política y social del antiguo régimen.

JOSÉ ANTONIO ALONSO

FERNANDO CALDERÓN Y JORGE DANDLER (comps.). *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado*, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD) y Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES), Ginebra, 1986.

Un halo mítico acompaña a los campesinos bolivianos, que al igual que los mineros, siempre han sido noticia por su permanente capacidad de lucha e inconformidad. A México llegan rumores de este proceso más que libros y resultados de investigaciones. De ahí la importancia de dar a conocer este importante cúmulo de trabajos sobre el potencial y el caudal revolucionario del campesinado boliviano.

Los artículos compilados en este volumen ponen en evidencia los avances logrados por la investigación social en el área andina. Una docena de estudiosos con experiencias en distintos países de América del Sur, pero con especialidad en temas bolivianos, se abocaron a la tarea, urgente y necesaria, de proporcionar una visión histórica de conjunto sobre las luchas del campesinado boliviano. El esfuerzo ha sido pronto recompensado con una segunda edición revisada, que es la que ahora comentamos.

Los compiladores —Calderón y Dandler— dan inicio al volumen con un artículo introductorio donde formulan los lineamientos teóricos del proyecto de investigación, que constituye el sustrato analítico de la publicación. Le siguen seis artículos de corte histórico que rematan con dos trabajos de carácter más general y sintético a cargo de Jean Pierre Lavaud y Andrew Pearse. En una última sección se aborda la problemática campesina contemporánea, en concreto la década de los setenta, y se profundiza en la participación política de la mujer campesina y las influencias étnicas en la lucha política.

La obra, de 632 páginas, es un ladrillo, o si se quiere un tratado. Fácilmente habrían salido tres libros más manejables y digeribles. Pero quien conozca las dificultades que existen en esos lugares para publi-

car, comprenderá lo acertado de esta voluminosa compilación. Desde aquel trabajo de Dandler, editado en México por el Instituto Indigenista Interamericano, en 1969, muy poco más se podía conseguir sobre el tema.

Es posible, por tanto, realizar tres o más lecturas de acuerdo a los intereses de cada quien. La primera comprendería las rebeliones campesinas de finales del siglo XVIII y principios del XIX. La siguiente abarcaría gran parte de lo que va del presente siglo y que para el caso boliviano comprendería el antes y el después de la revolución de 1952. La última, corresponde a las movilizaciones campesinas de la última década, coincidentes con el fin de la era de los dictadores y el comienzo de la apertura democrática.

El anuncio más explícito del comienzo del fin de la era colonial estuvo a cargo de la rebelión de los Tupaj Amaru para el lado peruano y quechua y Tupaj Katari para la parte boliviana y aymará. El trabajo de Albó, antropólogo y lingüista que incursiona en la historia, tiene todas las ventajas de su formación académica y una ligera desventaja en cuanto al manejo del oficio de historiar.

La gran rebelión aymara presentada por Albó no es una historia más. Es una visión sobre el pasado que utiliza los ojos pesquisidores del antropólogo y el oído aguzado del lingüista que sabe distinguir al aymará, quechua y castellano en su especificidad y en su permanente interacción.

El trabajo es un libro en ciernes. La parte histórica del movimiento, que tuvo en vilo a la corona y los habitantes de La Paz en 1780 y 1781, se sustenta principalmente en fuentes secundarias. El apoyo en fuentes primarias lo encuentra en la colección de documentos publicados por la Comisión Documental de la Independencia del Perú, pero no en fuentes bolivianas de la Audiencia de Charcas o del Virreinato del Río de la Plata que permanecen en amable espera.

Por el contrario, la parte analítica del trabajo, quizás lo más novedoso, descubre —con el bagaje del que hace trabajo de campo y recorre la zona andina— toda la complejidad del movimiento, en el que se mezclan demandas de clase, reivindicaciones étnicas, exigencias de carácter regional y presagios de independencia nacional. El autor realiza una verdadera disección de todos los actores políticos y sus posibles contradicciones.

El trabajo de Albó queda ahí, con la derrota de Tupaj Amaru y Tupaj Katari. Lo que resta del siglo, la guerra de independencia y los inicios de la república, son un vacío para este tipo de lectura, que obviamente no es culpa de los autores. No obstante, páginas después, en el artículo del Andrew Pearse —fallecido en 1980—, quien fuera el iniciador de este trabajo, se hace referencia a la situación de las haciendas durante el siglo XIX y la insurrección campesina de 1899 encabe-

zada por el cacique Wilka, oriundo de Sica Sica, la tierra de Tupaj Katari.

Al siglo XX uno se introduce con un apunte de Gonzalo Flores sobre los levantamientos campesinos durante la época liberal (1900-1920) y se pasa a un periodo más rico en movilizaciones e investigaciones que se inicia con el retorno de los indios que habían ido a pelear y a perder en el Chaco. La guerra, que siempre funge como un gran catalizador, acarreó modernidad e ideas nuevas, que llegaron a las haciendas y comunidades campesinas por medio de los soldados que retornaban.

La luchas por la educación del indígena, la formación de los primeros sindicatos campesinos, la realización del Congreso Nacional Indígena de 1945 y la rebelión de Ayopaya de 1947, que marca el quiebre de la era latifundista, son materia conocida y muy trabajada para Jorge Dandler y Juan Torrico. El interés del estudio cambia de región, se pasa de los fríos del altiplano a la amabilidad de los climas vallunos, cochabambinos. Las luchas campesinas se irán desarrollando al ámbito regional, mientras que al nacional confluyen las tendencias en los congresos campesinos, verdaderos termómetros de lo que acaece en el medio rural.

La metodología de la investigación y la presentación también registran cambios. Se deja el lugar de las citas eruditas o de los documentos para que lo ocupen las voces campesinas que narran sus propias experiencias; cuando era delito, castigado por el patrón, hablar con campesinos de otras partes y comentar los decretos sobre educación expedidos por los gobiernos nacionalistas de Busch y Toro y las reformas emprendidas por Villarreal. En esa época surgieron los primeros líderes campesinos, quienes viajaban a otras regiones y a la capital y conocieron y se relacionaron con compañeros de otros lugares. Empezaron las filiaciones políticas, los acercamientos y los distanciamientos por causa de siglas y otras cosas más. Los campesinos tomaron forma como grupo político autónomo y sus organismos nacionales, establecidos en congresos, se convirtieron en los interlocutores oficiales ante diferentes gobiernos. A su vez, campesino e indígena formarán un binomio de lucha por demandas de clase y reivindicaciones étnicas.

En capítulo aparte Dandler da cuenta de la revolución de 1952, el triunfo del MNR, el dilema entre reforma y revolución y la aparición de personajes e instituciones que siguen siendo de actualidad: Paz Estenssoro, Juan Lechín, Siles Zuazo, la COB, las federaciones y confederaciones campesinas. Líderes obreros y campesinos tuvieron acceso a puestos importantes y llegaron con frecuencia a la cámara. Los campesinos y los mineros irrumpieron en la escena política proponiendo reformas y estableciendo nexos con los aparatos de Estado. La reforma agraria fue un hecho irreversible, los campesinos recuperaron sus tierras pero sobre todo se abolieron de manera definitiva las formas

de servidumbre ancestrales. Se formaron las milicias campesinas y se repartieron armas a los campesinos, quedó establecida en un comienzo la alianza obrero-campesina, para luego derivar en una alianza con el gobierno de turno y concluir con el pacto militar campesino.

Roto el sistema de hacienda se abrieron nuevos cauces para los productos campesinos, la educación formal se convirtió en vía de ascenso y movilidad social, surgieron nuevos grupos sociales intermedios, en especial transportistas y comerciantes. Más que un fruto directo de la revolución, los cambios respondían a la dinámica propia del sistema capitalista que requería del exterminio de la aristocracia terrateniente.

Pero en Bolivia los cambios políticos giran a un mayor número de revoluciones que en otros países y las contradicciones internas del MNR gestaron el movimiento populista encabezado por el general Barrientos y luego se desataría una verdadera fiebre de golpes, asonadas y rebeliones en las cuales uno se perdería si no fuera por la previsión del editor de confeccionar una cronología política que sirve de guía al lector.

Esta etapa termina con la instrumentación del pacto militar-campesino —como vía de control y corporativización de las organizaciones campesinas y como medio para enfrentar y controlar al movimiento obrero— y la aplicación de impuestos a la tenencia de la tierra rural, contra la que reaccionan violentamente los campesinos.

La situación contemporánea se analiza y describe en tres artículos de fondo. Uno de Albó, de corte antropológico, en el que se reflexiona sobre las bases sociales y étnicas para la participación política de los aymaras; otro de Blanca Muñoz, que afronta el tema de la participación política de la mujer campesina, y por último un trabajo de Gonzalo Flores sobre el Estado, las políticas agrarias y las luchas campesinas durante la década de los setenta.

El trabajo de Albó rescata buena parte de los avances en el conocimiento del área andina vistos desde la perspectiva de los habitantes aymarás del altiplano. En su excelente trabajo, Albó se esfuerza por establecer los posibles vínculos entre las peculiaridades culturales de los aymarás y sus formas propias de participar y hacer política. Esclarece la verdadera dimensión y función del sindicalismo campesino, que en la zona aymara se superpone al concepto y la función de comunidad. Señala y delimita etapas en el desarrollo del sindicalismo, que en una primera fase participa activamente en el proceso de reforma agraria, luego queda sujeto con el corsé del sindicalismo oficial para finalmente liberarse e independizarse. Pero Albó va más allá y sigue los pasos de los aymarás fuera del altiplano: en las urbes como migrantes "residentes", en los valles como trabajadores temporales y en el oriente como colonos. Y regresa a la puna describiendo el comportamiento de los fuereños cuando vuelven a su tierra.

Sin duda la región del altiplano —aymara— es la más trabajada en este volumen, tanto en los aspectos políticos como étnicos. La zona de los valles y yungas se trata con prolijidad en su dimensión política pero se deja en lugar secundario las peculiaridades étnicas —quechuas— de la región. Sobre el oriente capitalista y ganadero sólo hay referencias aisladas y sobre el proceso de mestizaje en la región tropical se dice muy poco.

Con los supuestos del artículo de Albó uno puede acercarse al trabajo de Blanca Muñoz —que en el libro aparece antes— y se podrá entender cómo es posible que existan sindicatos de mujeres campesinas y que tengan como objetivo prioritario la participación política. Las mujeres del altiplano se insertan nuevamente en las experiencias de lucha de su pueblo y demandan, como en aquellos tiempos, el acceso a la educación, participan activamente en los procesos electorales y en las luchas coyunturales para finalmente agruparse y organizarse después de un tumultuoso, pero ya tradicional, Congreso Nacional de Mujeres Campesinas.

Al leer el trabajo de Muñoz sobre las mujeres campesinas y su participación en los bloqueos de caminos uno no puede dejar de recordar a la célebre Domitila, con domicilio conocido en la mina de Siglo XX, e internacionalmente reconocida a partir de su participación en un congreso.

El capítulo final da cuenta de las políticas agrarias durante el gobierno de Banzer, de su esfuerzo por revitalizar el pacto militar campesino y las luchas del campesinado en contra de la carestía. Se relatan dos movilizaciones importantes, una en los valles en 1974, que terminó con una cruenta represión, y otra en 1979, también el aumento de precios a los productos básicos, en la que participaron principalmente los campesinos de la zona alta. El artículo no se circunscribe a una región ni a un movimiento; pretende dar una visión general de las movilizaciones campesinas en la década de los setenta, de las organizaciones del campo que entran en la escena política y de los mecanismos de clientelismo utilizados durante varias décadas por el aparato de Estado para controlar a las masas campesinas.

La lectura termina en el lugar donde empezó: el altiplano. Ahora es la Federación Campesina Tupaj Katari la que levanta el puño, aísla a la capital y pone en vilo a los paceños. La palabra la tiene Jenaro Flores, líder aymará, nacido en Sica Sica.

JORGE DURAND

HUGO ZEMELMAN, *Uso crítico de la teoría: en torno a las funciones analíticas de la totalidad*, El Colegio de México, 1988.

Esta reseña intentará subrayar los aportes de los planteamientos presentados en el libro, los ángulos novedosos en el tratamiento de algunos temas que se clasifican en ese indefinido ámbito de la epistemología-metodología y algunos puntos que seguramente desatarán una sabrosa polémica en el futuro inmediato.

Se trata de un libro que no pasará inadvertido. Será referencia obligada para algunos, y una invitación a la discusión, para otros.

Por otra parte, es un libro de lectura difícil, por lo denso de su contenido y por lo rico en sugerencias que desvían constantemente la atención del lector.

Tal vez no estaría de más señalar que se presentará lo que ha sido una lectura particular del texto. En consecuencia, se trata de una lectura posible, y de acuerdo con los planteamientos centrales del libro que comentamos, válida.

La reseña se limitará a presentar lo que pareciera ser el argumento central de la obra, al que se agregarán algunas consideraciones de carácter general.

1. Respecto a la relación de conocimiento

Una de las ideas que recorre el libro de cabo a rabo es: *conocer para hacer*. Esta idea está planteada desde el inicio del trabajo:

La práctica es la esencia del conocimiento social, porque el ámbito de éste debe ser el de aquélla si se quiere marcar una diferenciación con la historiografía; pero también la práctica constituye una incorporación del futuro, no como predicción sino como *potenciación de lo posible*. La potencialidad alude a la práctica, mientras que lo posible se relaciona con una captación de lo real, (p. 27).

Esta idea está expuesta de diversas maneras a lo largo del texto. La forma más terrena de expresarla se encuentra en la página 164, donde se afirma que:

La especificación del problema dependerá del tipo de relaciones entre las áreas temáticas, desde la perspectiva del problema-eje que se pretende reconstruir. Por ejemplo, si de lo que se trata es evaluar los efectos de una política de riego en la estructura productiva local, el área que servirá de base para incorporar a la articulación a todas las demás será la económica; en cambio, si de lo que se trata es de impulsar un cambio en las for-

mas de elección de las autoridades comunitarias, lo será el área política; o si finalmente se trata de medir las prioridades de la población, en cuanto a sus necesidades básicas, lo será la cultura política.

Enriquece entonces la relación sujeto-objeto con el objetivo de transformación de la realidad social.

La forma de aprehensión del movimiento de lo real está condicionada no sólo por la idea abstracta de transformación sino, en concreto, por el proyecto o la utopía que le imprime el sentido al proceso de cambio. Esta idea se encontrará varias veces, a lo largo de esta reseña.

2. *Sobre la totalidad*

La idea central que domina en toda la obra es la de totalidad. Si bien parte con el concepto de Karel Kosic:

La categoría de totalidad, que Spinoza ha anunciado por primera vez con su *natura naturans* y *natura naturata*, en la filosofía moderna [...] comprende la realidad en sus leyes internas y las conexiones internas y necesarias, en oposición al empirismo que considera las manifestaciones fenoménicas casuales, y no llega a la comprensión de los procesos de desarrollo de lo real. [Por lo mismo] no es un método que pretenda ingenuamente conocer todos los aspectos de la realidad sin excepción y ofrecer un cuadro "total" de la realidad con sus infinitos aspectos y propiedades, sino que es una teoría de la realidad y de su conocimiento como realidad (p. 16).

A lo largo del texto va especificando una serie de características del concepto, para perfilar la idea de un conjunto articulado de procesos dinámicos que se desenvuelven en diferentes niveles de la realidad social (económico, cultural, político y psicosocial), con parámetros espaciales y temporales que les son propios.

Desde el punto de vista del tiempo se puede distinguir entre los procesos con dinamismos estructurales y con dinamismos coyunturales:

Así, por ejemplo, en la dimensión coyuntural se sitúa los procesos o fenómenos que cumplen la función de "activar" (como los políticos y los psicosociales) a los procesos que se despliegan en el "periodo". En cambio, en la perspectiva del periodo pueden situarse claramente los procesos económicos y culturales que se despliegan a lo largo del tiempo; aunque siempre mediando los procesos o fenómenos coyunturales que influyen, a través de sucesivos momentos, sobre la direccionalidad de los procesos estructurales, según la naturaleza de los sujetos sociales y de sus prácticas (p. 29).

3. *La imagen de ciencia*

Los planteamientos del libro se erigen en contra de una forma de hacer ciencia social que el autor perfila en la página 47:

El cierre de la razón, en contra del cual han reaccionado Bachelard y otros pensadores, se relaciona con la circunstancia de que, a partir de la revolución metodológica del siglo xviii, la estructura del pensar quedó encuadrada en categorías como experimento y prueba, y no se desarrollaron otras tan importantes como la de "lo posible" y "lo nuevo", como ha advertido Bloch. De esta manera, el razonar se ha convertido en la función de ordenador, y la capacidad de asombro y aventura intelectual ha quedado subordinado a ella.

Esta imagen se hace cada vez más precisa hasta que aparece con nitidez que se trata del método hipotético deductivo. Podríamos recurrir a un sinnúmero de citas textuales para apoyar esta idea. Pero me parece que basta con identificar al interlocutor en la recapitulación, que se presenta en la tercera parte del libro, una vez que se ha desarrollado la propuesta.

i) Sostenemos la conveniencia de poner de manifiesto la necesidad de subordinar la lógica interna del *corpus* a una forma de razonamiento. De esto se desprende que los pasos lógicos no corresponden a los de la deducción, sino a los de la reconstrucción articulada del problema que nos preocupa reconocer.

ii) La crítica de las estructuras teóricas, como situación cerrada, desemboca en la defensa del predominio de la forma de razonamiento sobre la coherencia lógica interna de aquéllas.

iii) En la medida que en la teoría se confunde el momento concreto-abstracto con el abstracto-concreto, se dificulta determinar cómo se resolvió en la teoría la construcción de su nivel de abstracción; por lo que el nivel de abstracción de la teoría no permite recuperar la riqueza de la problemática que la ha servido de punto de partida, y en consecuencia, la teoría ha tendido a formalizarse. La riqueza de su recorte se reducirá a lo que se puede deducir de ella, sin dar cabida a la problematización de la relación que la teoría organice con la realidad (pp. 124 y 125).

4. *Acerca de la actitud crítica*

4.1. *La actitud crítica.* Dadas las limitaciones de la investigación que deriva hipótesis (predicados sobre la realidad) a partir de teorías que no permiten dar cuenta de la riqueza de lo real, es necesario que el sujeto para trascenderlas (las teorías) deba adoptar una actitud crítica, consistente en: i) supeditar lo teórico a lo epistemológico, "para evitar

reducir la objetividad a la derivación teórica susceptible de 'ser comprobada' " (p. 103); ii) cambiar la noción de lectura de la realidad como objetos preestablecidos, por la de pensarla crítica o problemáticamente según un orden no sustantivo que trasciende a lo teórico, originándose así el concepto de campo de objetos dentro del cual se determinará un objeto, que estará incluido en un campo de objetividad que lo cuestione, si se razona en función de la totalidad articulada (pp. 103 y 104). Esto quiere decir "enfaticar la capacidad de razonamiento para reconocer campos de objetividades posibles, antes que circunscribirse a la organización en contenidos estructurados teóricamente. A esto llamamos *aprehensión*" (p. 105).

4.2. *Pensamiento crítico y totalidad*. Es el concepto de totalidad el que permite al sujeto de la relación de conocimiento pensar críticamente la realidad. En efecto, en la medida en que no está teóricamente cargado, permite romper los cepos teóricos del pensamiento, y debido a que está abierto a la articulación, permite pensar el campo de objetos, en lugar del objeto específico teóricamente determinado.

4.3. *Conceptos ordenadores: instrumentos del pensamiento crítico*. Los conceptos ordenadores son el instrumento para pensar críticamente la realidad:

La esencia de la cuestión está en pensar los conceptos, ante todo, como organizadores de la relación con la realidad; y, una vez delimitada la realidad como campo de objetos posibles, proceder a destacar las opciones de explicaciones teóricas. La teoría reviste, de este modo, un carácter abierto, puesto que está determinado por la configuración problemática que puede trascenderla.

Cuando a la teoría se la utiliza en esta función delimitadora (o epistemológica), a los conceptos los denominaremos ordenadores (p. 106).

De estas líneas pareciera desprenderse que Hugo Zemelman propone separar la forma del contenido de un concepto, donde la primera originaría (la forma) el concepto ordenador o el uso crítico del concepto.

4.4. *Sobre la aprehensión*. Con estas ideas se llega (en el último capítulo) a la organización del proceso de aprehensión, donde se distinguen conceptos ordenadores por áreas. Estos conceptos servirán para iniciar el proceso de reconstrucción de las articulaciones y se organizarán en torno a un problema teórico o de investigación empírica, que determinará la forma particular que asume el problema, según lo que resulte de las relaciones posibles de establecerse entre las áreas problemáticas (p. 164).

En consecuencia, con la idea de totalidad en mente y premunido

con un conjunto de conceptos ordenadores seleccionados por áreas, de acuerdo con: a) tener una relación de inclusión con cada uno de los demás conceptos ordenadores del área, de manera que se contengan en él, y b) cumplir la función de articular el área con las otras (p. 161); se ordenan y articulan en función de la problemática para identificar el campo de objetos. Si se agrega la orientación hacia el hacer, se tienen las posibilidades objetivas de transformación.

Esta manera de abordar la investigación sería dialéctica:

El supuesto del cual hemos partido es que la dialéctica consiste en captar la realidad histórica mediante la construcción racional de las totalidades concretas, y no solamente mediante una estructura fija de categorías a las que simultáneamente se les hace cumplir la función de leyes de la realidad objetiva. Y es en esta perspectiva que hemos privilegiado la categoría de totalidad sobre la de contradicción. La única idea estructuradora dominante es la de totalidad articulada, sin que llegue a agotar la determinación de la estructura, como es el caso de la contradicción, (p. 143).

5. *Objetividad y exigencia de objetividad*

A la crítica al concepto de objetividad:

Algunos criterios de cientificidad bloquean la capacidad de pensar imaginativa y creativamente, pues el falso rigor bloquea el pensamiento. A este respecto lo más grave es que el razonamiento asume un modo (con base en una estructura categorial) que en sí mismo constituye un parámetro de objetividad. En realidad, "lo objetivo" ha sido siempre función de determinados parámetros, tales como las intuiciones usuales, la experiencia común, de los presupuestos ontológicos e ideológicos, de la idea misma, de lo que se entiende por ciencia exacta y rigurosa, o por último del concepto de verdad que se tenga, (p. 76).

Le sigue su remplazo por la idea de exigencia de objetividad:

En el equívoco de confundir una metodología con una actitud y una teoría con una epistemología, subyace la exigencia gnoseológica de tener que organizar el razonamiento, de manera que se pueda basar la construcción del conocimiento en una exigencia de objetividad antes que en un concepto ontológicamente cerrado (p. 50).

La especificación de la exigencia de objetividad la encontraron en:

La conclusión más general a que podemos llegar es que la realidad cumple la función de una exigencia de objetividad que rompe con cualquier organización conceptual previamente establecida. El enfoque dialéctico

crítico fortalece esta función haciéndose eco de una tradición en la historia misma de la ciencia (p. 84).

Nos interesa develar, aunque sea sólo someramente, las implicaciones epistemológicas de la construcción con base en proyectos de sujetos sociales que es la que entendemos como propia del conocimiento histórico-político. La más importante de estas implicaciones epistemológicas tiene que ver con la objetividad concebida como posibilidad objetiva, que significa pensar con base en una constructibilidad que incorpora la historia como futuro posible. Desde esta perspectiva el concepto usual de estructura teórica se corresponde con el concepto de objetividad real no sujeta a legalidad alguna. Ello plantea la problemática de las relaciones que se pueden establecer entre legalidad y posibilidad objetiva... (p. 90).

A partir de estas ideas el conocimiento derivado de la aplicación de la idea de totalidad producirá conocimiento objetivo garantizado por la realidad:

Los conceptos ordenadores representan la capacidad para abrirse hacia lo objetivo que se expresa en las inclusividades determinables, según la articulación (p. 133).

El paso de la aprehensión a la explicación teórica reviste el carácter de crítica, porque es "problemática" en el sentido de que la teoría que se construya quedará determinada, además de por la lógica interna proveniente del corpus teórico, por las exigencias de objetividad que se refleja en la capacidad de aprehensión de la realidad (p. 134).

6. Síntesis

En resumen, el concepto de totalidad, entendido como un conjunto de procesos articulados que transcurren en distintos niveles con sus propias encarnaciones espaciales y temporalidades, conduce a que el sujeto cognoscente problematice la realidad social superando los estrechos límites en que se encuentran los objetos teóricos y da pie para la aparición de un campo de objetos posibles (objetivos), que determina los límites del hacer en relación con el conocer.

La aprehensión de la realidad se lograría por medio de la determinación de los conceptos ordenadores de base, propios de cada nivel, articulados a una problemática que en cada caso particular los jerarquizaría y los ordenaría. Se trata entonces de la movilización de los conceptos ordenadores de base para dar cuenta de las potencialidades del desarrollo del objeto en que la estructuración depende de la problemática planteada.

El concepto de problemática, definido de manera consistente con todo el planteamiento del libro, es que debe formularse independientemente de hipótesis teóricas y por lo tanto *no representa el contenido*

empírico-probatorio de un sistema de hipótesis, sino que cumple la función de problematizar a la realidad de manera de enriquecer la base para teorizaciones posibles (p. 165).

7. Comentarios

Los planteamientos expuestos en el libro son intelectualmente estimulantes en general. En lo particular, es atrayente la idea de enriquecer la relación sujeto-objeto con la acción, vía el proyecto y el acento en el contexto del descubrimiento.

Hasta el día de hoy tiene fuerza el recorte de la epistemología al contexto de la justificación, practicado por el empirismo lógico. Hay epistemologías a las que no se reconoce el rango de tales porque se preocupan del así llamado contexto del descubrimiento.

Pensar el desarrollo de lo real en términos dinámicos, como campo de objetos, con posibilidades de realización, permite la incorporación directa del sentido que se le quiera imprimir a la transformación, con lo cual el hacer se vincula directamente con el conocer.

Son muchas más las ideas que despiertan el apetito intelectual, como, por ejemplo, las de estructura y coyuntura, coyuntura y proceso, la relación entre explicación y objeto teóricamente determinado. Pero se ha querido privilegiar aquéllas que se consideraron las más importantes y dedicarse a ellas en mayor profundidad.

Por último, se pasa a formular algunas consideraciones y preguntas que han surgido respecto a los tópicos considerados más importantes.

i) La idea de totalidad plantea que la realidad es... ¿Será necesario, para producir conocimiento que se especifique la idea de realidad? En la página 102 del libro pareciera darse una respuesta positiva a esta pregunta, "el concepto de realidad debe ser explícito, pues constituye una premisa epistemológica que configura una perspectiva de razonamiento que delimita o conforma los campos en que la teoría ha estructurado sus funciones de conocimiento. Esta conformación de campos determina la naturaleza y extensión del ámbito de realidad con el que se relaciona la teoría, al fijar límites al esquema conceptual explicativo, diferentes a los que se puedan inferir desde su propia capacidad explicativa", (p. 102).

Planteadas así las cosas y considerando el nivel de conocimiento alcanzado, la base de la investigación sería axiomática, en la medida en que no disponemos de criterios que nos permitan decidir entre distintas concepciones de la realidad. A cada concepción de realidad corresponderían diferentes campos de objetos y tendríamos tantos como

conceptos de realidad haya. ¿Con base a qué criterios deberíamos adscribirnos a una u otra?

Tal vez uno de los criterios podría ser el de la potencialidad explicativa de cada una de las teorías o el grado de inclusividad teórica. Cualquiera de estos criterios se mete de narices en el debate no resuelto de la conmensurabilidad de los paradigmas.

Otra posible salida sería la de supeditar la noción de realidad al proyecto o a la utopía de transformación. Es probable que haya condiciones de consistencia que debieran ser investigadas para establecer las correspondencias entre proyectos y concepciones de realidad. Este camino nos llevaría a concepciones de realidad irreconciliables a menos que hubiese total acuerdo en el proyecto. Como lo habitual es que más bien coexistan proyectos antagónicos respecto a la manera de organizar la sociedad, deberíamos aceptar la coexistencia de formas alternativas de examinar lo real, sin que se den las condiciones para la discusión racional entre las opciones. Se desplazaría de esta manera la crítica teórica que es uno de los motores importantes en el desarrollo de la ciencia.

ii) Ahora bien, supongamos que el investigador se adscribe a la concepción de realidad como totalidad articulada. Sabemos que, definida una problemática, se articularán los conceptos ordenadores para proceder a la aprehensión de lo real, pero ¿garantiza este proceder que la reconstrucción será unívoca?, es decir, dada una problemática, ¿se obtendrá siempre el mismo conocimiento o conocimientos no contradictorios? En caso de que la respuesta a esta pregunta sea negativa, ¿cómo decidir entre conocimientos contradictorios derivados de una misma realidad? ¿Habrá que proceder a la construcción de criterios de contrastación diferentes de los actualmente utilizados?, o bien ¿será posible refuncionalizarlos en la perspectiva de la totalidad? Estas mismas preguntas se pueden plantear desde la óptica de la exigencia de objetividad. Dado el campo de objetos, el objeto particular, ¿está unívocamente determinado?, ¿o es que la realidad admite ser organizada dentro de un rango de posibilidades, pero no de cualquier manera?

iii) La imagen hipotético-deductiva de la ciencia parece ser un fiel reflejo de lo que fue la práctica cotidiana de la investigación en las ciencias sociales de América Latina en los setenta. Difícilmente se podría sostener que constituya hoy en día el estilo más frecuente de investigación. Cada vez hay más investigadores que, apoyados en las crecientes facilidades de cómputo, utilizan procedimientos más bien inductivos que deductivos.

Llama la atención que los cañones estén dirigidos única y exclusivamente contra el deductivismo y no se encuentren referencias al inductivismo, aunque una gran cantidad de trabajos especialmente basados en el manejo estadístico lo utilicen con frecuencia.

Por otra parte, ya hemos visto que, citando a Bachelard, se afirma que la estructura de pensar se cristalizó en categoría como experimento y prueba y no se desarrollaron otras tan importantes como lo posible y lo nuevo. Sin embargo, me parece que el autor no es justo con Immanuel Wallerstein, quien en el ámbito de la ciencia social y sin recurrir a la idea de totalidad articulada, está preocupado, justamente, por tratar las emergencias, lo nuevo y el campo de posibles desarrollos de lo social. Tampoco hace justicia a los avances de la termodinámica no lineal impulsados por Ilia Prigogine, quien se ha preocupado por las emergencias en el mundo natural. Sus planteamientos muestran por qué lejos del equilibrio no opera la segunda ley de la termodinámica: la muerte entrópica.

Por otra parte, los científicos naturales se han preocupado por lo que llaman las emergencias en conexión con el problema de los niveles de análisis. Éste fue el tema central de un congreso celebrado en noviembre de 1968 en California, cuyas ponencias se encuentran en un libro publicado por Alianza Universidad.¹

Los desarrollos de todos estos autores surgen de una actitud crítica, pero de cara con la o las teorías que organizaban la comprensión de lo real. El conocimiento profundo del desarrollo teórico alcanzado hasta el momento, la evaluación crítica de las debilidades mostradas por las teorías, así como las contradicciones con los hechos, les ha conducido por el camino de proponer teorías que las eliminen (las contradicciones), a la vez que amplían los dominios empíricos, llegándose a teorías superiores, aunque no necesariamente mejores.

Estas últimas consideraciones permiten reforzar la idea de que este libro no pasará inadvertido. Expone una perspectiva original en la discusión epistemológica actual.

FERNANDO CORTÉS

EUGENIO TIRONI, *El liberalismo real*, Ediciones Sur, Santiago de Chile, 1987.

Eugenio Tironi señala acertadamente en la introducción de su ensayo que la experiencia chilena de estos años debería quedar registrada en el mundo entero con el nombre del "liberalismo realmente existente". Dado que "así como nadie puede, a estas alturas del siglo XX, hablar del socialismo sin dar cuenta de lo que ocurre en los países que lo invo-

¹ Lancelot Law White, Albert G. Wilson y Donna Wilson, *Las estructuras jerárquicas*, Alianza Universidad, Madrid, 1973.

can”, así tampoco nadie puede seguir proclamando una “solución liberal” sin mirar de frente lo que ha ocurrido en Chile.

En el texto, el autor asume la dilucidación de una interrogante que a menudo se nos formula a los chilenos: si Chile era una nación que hasta comienzos de los setenta destacaba por el equilibrio entre desarrollo económico, participación social y democracia política, ¿cómo y por qué todo esto se trastocó en un régimen autoritario que ha dado pruebas de tan extraordinaria resistencia?

Tironi busca la respuesta en un sugerente ensayo en el cual rastrea los fenómenos históricos que explican el surgimiento del régimen autoritario. Luego, analiza el proyecto de reorganización social impulsado por la dictadura para acometer después un balance de su gestión.

El libro consta de cuatro partes. En la primera, el autor resume el sustrato histórico necesario para adentrar al lector en la problemática chilena. Chile se caracterizaría en el segundo tercio del siglo por la coexistencia de tres procesos: la incorporación sucesiva de nuevos grupos sociales a la vida colectiva de la nación; la industrialización apoyada por el Estado y orientada al mercado interno, y la vigencia de un sistema democrático en constante ampliación. Este triple proceso proporcionó la base del arreglo democrático que caracterizó el devenir chileno de 1930 a 1970. El golpe de Estado de 1973 se originó, en el apreciar de Tironi, en el agotamiento de este entendimiento tácito.

Las bases de este acuerdo no estaban consolidadas: el proceso de integración social incrementó las demandas sociales y en el sistema político surgieron alternativas radicales orientadas a modificar estructuralmente a la sociedad. Nucleada ésta en tres bandos (derecha, centro e izquierda), no fue capaz de mantener un consenso básico, evidenciando con ello la incapacidad de la clase política para administrar las consecuencias del proceso de modernización e integración que ella misma había iniciado en los años treinta. La debilidad del sistema político permitió la irrupción de las fuerzas armadas para “salvar” al país del desorden y de la amenaza de desintegración social.

En la segunda parte (“La utopía”), Tironi se adentra en el estudio del proyecto del gobierno militar y en su balance. Tal como advierte, la política chilena se caracteriza en la segunda mitad del presente siglo por la obsesión de construir de nuevo la nación. Ello fue eliminando la capacidad de consenso de la sociedad y bloqueando sus instituciones, lo que terminó por precipitar la crisis de 1973.

El gobierno militar asumió con una increíble fidelidad y ortodoxia las recomendaciones de la escuela económica neoliberal, pero al mismo tiempo desarrolló un sistemático esfuerzo por diseminar los mecanismos del mercado hacia todos los dominios de la sociedad. El texto describe cómo se fue provocando la asociación entre los militares chilenos y los economistas partidarios del liberalismo antiestatista. Estos

últimos suministraron una visión globalizante y tecnocrática de los problemas del país. Al análisis de los postulados del modelo de los "Chicago boys" (tema bastante estudiado en la producción de la intelectualidad chilena en los últimos años), el autor agrega una observación acerca del modelo político de la dictadura. A su juicio, en estricto sentido el régimen militar no cuenta con un modelo político comparable con el económico ya que su único diseño se encamina a suprimir la política, mediante la represión o la universalización del mercado.

La tercera parte ("El derrumbe") está dedicada a evaluar el resultado de la gestión militar. Se advierte que, luego de un periodo de reanimación económica en los últimos años setenta, a partir de 1981-1982 las inestables bases del modelo se debilitaron para dar paso a una situación de crisis. Sin embargo, el impacto de la reorganización económica y la persistencia del régimen militar habrían provocado hondas transformaciones en la sociedad, cuya conjugación le permite concluir a Tironi que la permanencia de la dictadura se explica en el fenómeno de la disolución social; "vale decir, la decadencia de los proyectos modernizadores, la fragmentación del sistema de clases, la creación de una enorme masa de excluidos, la evaporación de un común sentimiento nacional y la ausencia de una acción colectiva de bases clasistas y nacionales".

En la parte final ("La disolución"), el texto se adentra en el examen del hondo proceso de desintegración social que ha provocado la permanencia de la dictadura y los desafíos que se le plantean a quienes aspiran a la implantación de un régimen democrático: la restauración de la unidad nacional, cuyo punto de partida ha de ser que el pueblo chileno recupere el pleno ejercicio de los derechos civiles que permita a la población reasumir su soberanía. Otro desafío es construir una "economía para todos", como la llama el autor, es decir, una reorganización de la economía que ponga fin a la actual dualidad existente: una moderna economía de mercado para los estratos altos y medios, y otra "informal", de subsistencia para los grupos pobres, base material de la segregación actual. En tercer término, la democratización de la sociedad es al mismo tiempo una meta y una necesidad.

La lectura de esta obra permite adentrarse en la compleja red de problemas que hoy enmarcan a la sociedad chilena. Guardando una cuidadosa distancia para observar la situación del país, pero comprometiéndose al mismo tiempo con una visión democrática, el ensayo de Tironi constituye una muy buena invitación a la reflexión.

GABRIEL GASPAR TAPIA